

Veinte piezas... de mil

© *Fernando Fontenla Felipetti*

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723 / Exp. No. 5044419

Esta es una historia de ficción. Cualquiera que empiece a encontrar la más mínima semejanza con la realidad estará errado de cabo a rabo.

A fines de Marzo de 2021, me tocó redactar la noticia acerca de que la Armada Argentina había finalizado un consejo de guerra con motivo del hundimiento del submarino *ARA San Juan*. Escribí, corregí, pero no me quedé conforme. Volví a redactarla otras dos veces de maneras muy disímiles. Sin embargo, el resultado me dejaba un sabor rancio: no me gustaba lo que yo misma estaba diciendo.

No era la primera vez que me ocurría y sabía la causa. El sabor a mierda me venía cuando lo que escribía era pura mentira. Si se te ocurren cosas maravillosas, podrás escribir un cuento fantástico, pero si trabajás en un diario, redactás noticias y ponés fantasías en ellas, la cosa tiene gusto a mierda.

En este caso, lo único que estaba haciendo era trasladar la sentencia de ese consejo de guerra, las condenas que se habían dictado y las reacciones de los damnificados, a tres párrafos que fueran entendibles para el público de mi periódico. ¿Por qué, entonces, tanto problema?

Volví a leer las declaraciones de los acusados y luego las de los familiares de los marinos fallecidos. Parecía que nadie estaba conforme con la sentencia, lo cual no es algo inusual en un juicio en donde cada una de las partes quiere que le den toda la razón. Pero la bronca acá venía porque, salvo en el caso de quién era el responsable directo del mantenimiento del submarino a quién se había destituido, al resto de los implicados solo les habían aplicado penas de quince días de arresto que a todas luces eran simbólicas. Y como siempre, los de arriba... los de muy arriba, habían salido vivitos y coleando. Entonces empecé a releer las sucesivas noticias que yo misma había redactado durante toda la trama de la desaparición del submarino y su posterior búsqueda, que había sido larga y exasperante; búsqueda que en principio contaba con la esperanza de hallar sobrevivientes y luego solo con

saber qué había ocurrido. Todo había terminado un año después con el hallazgo del *ARA San Juan* destrozado a novecientos metros de profundidad.

En mis propias notas encontré contradicciones a más no poder. Entonces empecé a buscar material de otras fuentes, y después de un par de días de investigación estaba completamente mareada. Encontré verdades a medias, frases escritas para decir lo contrario, párrafos para ser leídos entre líneas, hechos comprobados camuflados para parecer mentiras, amenazas veladas y, por supuesto, mentiras descaradas. Todo un arsenal discursivo para enredar los hechos hasta el punto de hacerlos ininteligibles.

Me di cuenta de que ese consejo de guerra y, en definitiva, el mismo hundimiento del *ARA San Juan*, eran solo la última consecuencia de una larga cadena de hechos que se remontaban a tiempos históricos y que me resultarían imposibles de entender y de abarcar porque, por más que me esmerara, siempre me iban a faltar muchas piezas del rompecabezas. Me atrevo a decir que las piezas que podía llegar a reunir eran tan sólo unas pocas, que la gran mayoría me faltaban y que, por supuesto, me habían metido en el tablero varias piezas que no tenían nada que ver con el asunto.

Me dije que tenía que dejarlo, dejarlo correr. Podía fantasear con ser un agente del *MOSAD* o del *MI6*, pero, en realidad, yo no era nadie para desenredar ese lío. Solo podía sacar información de los medios, que estaba podrida, o peor, no sabía cuál estaba podrida y cuál no, ya que no tenía acceso a los datos reales. Lo que tenía que hacer era limitarme a escribir la noticia que me pedía el diario en seco, sin opinar, sin pensar y sin sentir. Ya lo había hecho otras veces antes y podía hacerlo ahora. Después de todo, alguna vez a todos nos toca hacer el trabajo sucio... sacar la basura... limpiar el inodoro.

Y eso hice. Escribí la dichosa noticia y el diario la publicó. Después me tomé unos días libres y me fui a ver a mi amigo *Cable Pelado*. Y por las dudas, o mejor

dicho, de pura cabeza dura que soy, me llevé en mi portafolio las veinte pobres piezas que tenía de ese rompecabezas que parecía tener mil.

Como se imaginarán, si a un tipo le dicen *Cable Pelado* es porque está loco de remate, más si el fulano en cuestión asegura que su nombre es *Cable* y su apellido *Pelado*. Y sí... Cable está loco, loco mal, loco de atar, pero siempre me hizo reír un montón, lo que hoy día vale oro. Además, con él viví varias aventuras que si las contara nadie me las creería. Así que el último sábado de Marzo, me subí al auto y partí rumbo al sur, a un lugar que no puedo revelar, porque el lugar en donde vive Cable es secreto, y es así porque él quiere que sea así.

Yo lo conocí cuando tenía diez años de edad y vivía en el *Gran Buenos Aires*, en los fondos de *Florencio Varela*, en donde terminaba la civilización y empezaba la desolación. Cable vivía con su tío en ese territorio que aún sigue siendo ignoto y que está entre las localidades de *La Capilla* y *Alejandro Korn*. Si digo que eran cazadores y recolectores no faltaría a la verdad en lo más mínimo. No tenían electricidad, bombeaban el agua a mano y el camino que llegaba hasta su casa era una huella que iba cambiando de recorrido de acuerdo a donde se iban formando los pantanos. No era nada fácil llegar a la casa de Cable. Yo la descubrí de casualidad un día que mi pony fue por donde quiso y se perdió. La zona estaba llena de lagartos de considerable tamaño y unos chimangos enormes. Ambas especies eran las proteínas de Cable y su tío, y tengo que decir que el guiso de lagarto fue una de las mejores cosas que probé en mi infancia.

Por supuesto Cable no iba a la escuela. Yo le enseñé a leer y aprendió muy rápido. En un par de semanas ya leía de corrido, pero escribir nunca le interesó, y creo que jamás aprendió la manuscrita, aunque ahora escribe con el teclado de la computadora más rápido que yo. Como les dije, cazaban y recolectaban. La caza era en zonas rurales y la recolección en zonas urbanas. Salían con el carro y juntaban lo que les interesaba, y juntaban tanto que la casa de Cable casi no se veía

cuando te acercabas porque estaba rodeada por las montañas de cosas que había a su alrededor. Muchas de esas cosas eran grandes. Había pilas de electrodomésticos estropeados, autos inservibles y hasta un ómnibus de larga distancia que en la década de 1970 había hecho el recorrido hasta *Mar del plata*.

Cable y su tío eran especialistas en detectar objetos olvidados. Por ejemplo: Si alguien apoyaba la billetera en el mostrador de un negocio y ellos estaban cerca, lo más probable era que ese alguien no volviera a ver su preciada posesión. Cuando yo les reprochaba ese comportamiento me decían que si el dueño del objeto realmente lo hubiera cuidado, ellos no habrían podido encontrarlo. Yo les decía que eso era un hurto y ellos me contestaban que solo tomaban lo que se les ofrecía, que nunca metían la mano en el bolsillo de nadie ni abrían un auto. La regla era que el objeto tenía que estar suelto, sin contacto con su dueño. Según la ley de Cable y su tío, entonces el objeto pasaba a estar abandonado y ellos podían tomarlo.

Cuando nos hicimos grandes terminé perdiéndole el rastro a Cable, hasta que un buen día del año 2007, cuando vivía en un país lejano, me llegó un correo electrónico con el siguiente remitente:

De: Cable Pelado.

Pensé que sería una broma de mi madre, pero en la primera frase estaba la prueba de autenticidad: «727 Ignición», decía. Y eso se refería a algo que solo nosotros dos sabíamos y que en otra oportunidad quizás contaré.

Hice todo el viaje al sur rememorando nuestras viejas andanzas. Ya anocheceía cuando dejé la ruta para tomar el camino que trepaba la sierra hacía la nueva morada de Cable. Unas nubes negras habían adelantado el anochecer y estaba empezando a gotear. Las gotas eran grandes como escupidas de guanaco y sentí un par de *tocs* de granizo golpeando en la carrocería. Me lamenté y puteé por no haberle avisado a Cable que iba a ir a visitarlo. ¿Y si no estaba? ¿Y si me agarraba la tormenta ahí arriba? Acelaré aunque el camino era una huella apenas suficiente

para que el auto pasara entre piedras gigantescas. No se podía inventar nada si pretendías conservar las cuatro ruedas en su lugar.

Al llegar al final de la última cuesta me dio un vuelco el corazón. En la hondonada en donde estaba la casa de Cable no se veía ninguna luz. Quizás incluso se habría ido de allí de forma definitiva. Después de todo, hacía más de seis meses que no hablaba con él.

Seguí hasta que los faros del auto iluminaron el portón de entrada. Toqué bocina. Cable no tenía teléfono, pero sí internet. Entonces hice lo que tendría que haber hecho antes de salir de mi casa: le envié un *mail*.

«*Cablecito. Estoy en la puerta*», le puse.

Por suerte parecía que la tormenta no terminaba de cuajar y después de esas primeras gotas no volvieron a caer otras. Me bajé del auto. El viento hacía remolinos de tierra y arriba las nubes pasaban a toda velocidad. La casa de Cable era un galpón grande que en algún momento habría sido un taller o un depósito de vaya a saber qué. Cable decía que había sido una instalación militar, pero bueno... eso decía Cable.

Me acerqué a la rendija del portón y espí. Adentro estaba oscuro también. Había hecho el viaje al pedo. Entonces sentí una mano en la espalda. Pegué un salto y grité, me escabullí y corrí para alejarme de quién pretendía agarrarme.

—¡Pará, pará, Tory, soy yo! —era la voz de Cable. Me di vuelta.

—¡Pero sos boludo! ¿Por qué te apareciste por atrás?

—Porque recién llego —dijo y me señaló una bici que estaba en el suelo.

—Entonces, ¿por qué no te vi en el camino?

—Porque vine por un sendero nuevo que hice para la bici. Es más corto — Cable se reía.

—¿De qué te reís?

—Del salto que pegaste.

Yo también me empecé a reír. Lo abracé. Tenía el olor a chivo de siempre.

—¿Podrías hoy hacer una excepción a la regla y bañarte? —le pregunté.

—Por supuesto. Cada vez que venís vos me baño.

—O sea una vez al año.

—El mes pasado me invitaron a un cumpleaños en el pueblo y me bañe.

¿Entramos?

—Y... sí.

—Meté el auto adentro que puede granizar.

Cuando Cable abrió el portón y encendió la luz, vi que el galpón estaba mucho más lleno de cosas que la vez anterior, lo que no me extrañó en lo más mínimo. Mi amigo no abandonaba sus viejos hábitos de recolección. El auto entró con lo justo entre dos pilas de cajas. Apenas pude abrir la puerta del conductor y para salir tuve que contorsionarme. La mitad del galpón estaba ocupada por pilas de cajas nuevas e iguales entre sí.

—¿Y todo esto, qué es? —le pregunté.

—No sé.

—¿Cómo que no sabés? Decime.

—Son de un amigo. No sé que hay adentro.

Lo miré frunciendo la cara.

—Cable, te conozco... dale, tirá.

—Yo respeto la privacidad del otro. No miro.

—¿Puedo abrir una?

—Si te dijera que no, la abrirías igual... así que hacé lo que quieras, pero mejor mañana. ¿No querés que ahora vayamos a comer?

—La verdad, que sí. Por el camino comí poco y nada.

Encaré hacia la parte del galpón que Cable había acondicionado como vivienda.

—No, por ahí no —me dijo—. Cambié de lugar. Vení.

Lo seguí por un recoveco entre las filas de cajas hasta que apareció una escalera descendente.

—¿Hiciste un sótano? —le pregunte.

—No, el sótano ya existía, pero estaba tapiado. Lo descubrí después de la última vez que viniste.

Esperaba encontrarme con un cuartucho húmedo y roñoso, pero al llegar abajo me quedé con la boca abierta. Había un pasillo bien iluminado con tres puertas a cada lado. Cable me mostró todo: la cocina, el baño, el comedor, una sala llena de computadoras y dos dormitorios. La cocina y el baño estaban relucientes.

—¿Todo esto lo arreglaste vos? —le pregunté.

—No, ya estaba así. Solo lo limpié.

No había olor a humedad y el aire parecía correr. En el techo de la cocina había una especie de extractor que debía de ser el responsable de la ventilación forzada.

—¡Esto es un bunker! —grité.

—¡No, pavada! —contestó Cable—. Yo te dije el año pasado que esto había sido una instalación militar y vos te cagaste de risa.

—¡Y bueno, que va hacer! Tengo que reconocer que, como tantas otras veces, tenías razón.

Cable siempre había sido bueno cocinando, desde las épocas de los guisos de lagarto y los cuises a la parrilla, en dónde había que aprovechar hasta el último gramo de grasa o cuero. Esta vez fue más convencional: Hizo milanesas con papas fritas. Pero milanesas de las buenas y papas fritas de esas que no podés parar de comer. Me quedé llena hasta la manija y cuando después de la comida se apareció con una caja de alfajores le dije: «*no pibe... basta*», y me fui a al baño a dejar una encomienda importante. Después, para arreglar un poco el asunto, me preparé un té de manzanilla.

Tenía que reconocer que Cable estaba viviendo como un rey. Lo único malo, hasta cierto punto, es que seguía solo, pero se lo veía feliz como siempre, y si lo

habían invitado a un cumpleaños en el pueblo quería decir que se estaba relacionando a pesar de vivir ahí arriba como los cóndores.

No sé si este es el momento para hablar del tema, pero voy a decir que Cable nunca tuvo novia, ni tampoco novio, por si alguno piensa por ese lado. Quiero decir que yo jamás lo vi tener ninguna relación amorosa, sexual o lo que fuera con nadie. Ni siquiera conmigo a pesar de que pasamos la adolescencia juntos. Es tan simple como que ese rango de las cosas para él no existe. Y esta historia también tiene una parte buena: Cable no tiene ni puta idea de qué son los celos. Yo podía tener veintisiete novios que a él no le importaba. Tocaba el timbre en mi casa, se mandaba aunque yo estuviera con mi galán de turno, y se ponía a hablar de sus cosas hasta por los codos. Mientras yo lo escuchaba los que se ponían celosos eran los galanes, y así se me fueron unos cuantos, ¡que va a hacer! Y acá estamos de nuevo, en la casa de Cable, mejor dicho... en el bunker.

Después de comer fui a buscar el bolso al auto. Cable me acompañó, por supuesto, y ese es el defecto más molesto que tiene: Te sigue a todos lados y no te lo podés sacar de encima. Para que no se meta en el baño con vos tenés que cerrarle la puerta en la cara.

—¿Y acá que trajiste? —me preguntó levantando el portafolio en donde había puesto mis notas sobre la desaparición del submarino.

—Eso dejalo ahí —le dije.

—¿Qué tiene? Está pesado.

—Tiene cosas del trabajo.

—Qué raro. Nunca traés cosas del trabajo. Cuando venís acá siempre decís que querés desconectarte. ¿Puedo ver qué hay adentro?

—Sí, miralo, pero te vas a aburrir.

Lo hice caer en la trampa de siempre. Cuando a Cable le decís que se va a aburrir con algo, al tipo le recontra interesa. Ahí mismo abrió el portafolio y se puso a leer los papeles arriba del capot del auto. Yo aproveché para rajarme y

meterme en el baño. El año anterior, el guacho de Cable le había sacado el picaporte a la puerta del baño para que no se pudiera cerrar, y así podía darte la lata mientras te estabas bañando o haciendo lo segundo. Insoportable. Por suerte el baño nuevo tenía la cerradura en buenas condiciones. Cerré y me quedé un rato bajo el agua tibia.

Cuando salí, me sorprendió no encontrar a Cable en el comedor. Lo llamé y su voz me llegó desde arriba. ¿Todavía estaba en el galpón? ¿Seguiría leyendo? Un rato después apareció por el pasillo sosteniendo varios de mis artículos en la mano.

—Hay varias cosas que están mal —me dijo señalando la fotocopia de una noticia de un diario de Córdoba.

—Vaya descubrimiento —le contesté—. ¿Varias cosas? Todo eso no tiene arreglo. Es un rompecabezas imposible de armar.

Cable me miró, riéndose. Claro, justo a él le iba a hablar de rompecabezas. Un día había encontrado un *puzzle* de cinco mil piezas en la basura de una casa en Adrogué. La caja estaba abierta y muchas de las piezas se habían caído y mezclado con el resto de la basura. Cable había juntado todas las piezas una por una y se había llevado el *puzzle* a su casa. ¿Saben lo que es armar un *puzzle* de cinco mil piezas? Puede que alguno lo sepa, pero ¿saben lo que es armar un *puzzle* de cinco mil piezas al que le faltan vaya a saber cuántas? Eso sí que no lo saben. Yo sí. Porque lo vi a Cable durante dos meses armando la imagen de un florero, y lo peor de todo era el fondo, de un color marrón liso, sin ninguna referencia. El tío de Cable estaba que trinaba porque Cable no salía a cirujear y se pasaba el día con el rompecabezas. Me pidió por favor que lo ayudara para que terminara de una vez. Lo increíble es que al final no faltaba ninguna pieza del florero, solo faltaban piezas marrones del fondo. Entonces convencí a Cable de que tiráramos todas las piezas marrones y armáramos solo el florero. Después de eso se hizo fanático de los puzzles y, cómo no, se dedicó a recorrer las jugueterías de Quilmes y Lomas de Zamora en busca de puzzles «*abandonados*».

Cable se seguía riendo.

—Vení que te muestro —me dijo.

Me llevó hasta la habitación que había al final del pasillo donde encendió una computadora y tres monitores que estaban colgados en la pared uno al lado del otro. Las tres pantallas componían una única imagen. Abrió unos archivos y desplegó una presentación que contenía veintitrés ítems rectangulares de color verde y uno de color rojo.

—En tu portafolio vos tenés veinte piezas —me dijo—. Pero yo tengo cuatro que vos no tenés.

Me quedé estupefacta. Cable había estado siguiendo la serie de sucesos acerca del hundimiento del submarino igual que yo, con la diferencia de que su investigación era mejor que la mía. Me sentí un poco disminuida. Nunca había competido con él; yo tenía mis virtudes y él las suyas, pero siempre nuestro compartir había sido lúdico aunque viviéramos cosas serias. Sin embargo en esta oportunidad me tocaba en lo profesional, me había superado en mi propio trabajo.

Cuando empecé a leer no pude dejar de maravillarme por lo idéntico que era el hilo que habíamos seguido. Me sentí como en aquellos tiempos lejanos en los campos abandonados en donde teníamos esa conexión tan espontánea de la cual, en aquel entonces, no era consciente.

—¿Vamos a armarlo? —me preguntó Cable.

—No sé si podemos —le contesté.

—No importa. Las partes que faltan podemos imaginarlas.

Imaginar partes, eso podía hacerse en la literatura, pero no cuando uno tenía el deber de brindar información. Sin embargo ahora estaba con Cable, en su casa, y podíamos jugar un rato.

Dale —le dije—. Empezá vos y yo te sigo —me senté en el sillón que estaba delante de las pantallas y me dejé llevar.

Cable señaló con un puntero el primer ítem de la presentación.

—Pieza número uno —dijo—. Fecha: 13 de Febrero de 2017. Título: *Estados Unidos acopia raciones de alimentos y refacciona bunkers nucleares*. Publicado en: *The Independent punto com punto u-k*. Esta es una de las piezas que vos no tenés, Tory.

—Y claro que no la tengo —le respondí—. ¿Qué carajo tiene que ver que los *yankees* estén arreglando sus *bunkers*? Eso deben hacerlo todos los días y ni vos ni yo nos enteramos.

—Como quieras. Yo la voy a dejar marcada en amarillo, y cuando terminemos vos misma me vas a decir qué tiene que ver.

—Lo dudo mucho —le dije, no porque no lo creyera, sino para hacerme un poco la canchera.

Cable señaló el segundo ítem.

—Pieza número dos —dijo—. Fecha: 23 de Agosto de 2017. Título: *El gobierno argentino solicita al poder legislativo que apruebe un simulacro de rescate de un submarino*. Publicado en: *tiempoar punto com punto ar*. Lo solicitó Estados Unidos para hacer una operación conjunta entre las armadas de Argentina, Chile e Inglaterra. El resultado fue que lograron aprobarlo en el senado, pero no en diputados.

—Esta es la primera noticia que tengo en mi investigación —dije—. Es obvio que acá empieza el pescado podrido. Para empezar, es demasiada casualidad que hubieran solicitado un simulacro de rescate de un submarino justo tres meses antes de que sea realmente necesario. Además, ¿vos te pensás que los *yankees* necesitan pedirle a Chile y a Argentina para hacer ese simulacro? Lo pueden hacer ellos solos cuando se les cante. Tienen cientos de submarinos viejos para practicar.

Cable asintió tres veces con la cabeza y tocó con la pantalla con el puntero.

—Pieza número tres —anunció—. Fecha: 26 de Septiembre de 2017. Título: *El gobierno argentino saca reservas en oro del banco central y las envía a Londres*

para su custodia. Publicado en: diarioregistrado punto com. Esta tampoco la tenés, ¿eh?

—¿Qué decís, Cable? Esto sí que no tiene nada que ver. Si nosotros le hubiéramos hecho un favor a alguien hubiéramos recibido guita en vez de pagarla. Esto pertenece a otro entuerto que vaya a saber de dónde viene.

—También la dejo marcada en amarillo para recordártelo después.

—Sí dale —le dije y ya me estaba enojando—, a tu tío andá a hacerle acordar.

—Pieza número cuatro —dijo Cable—. Fecha: 14 de Octubre de 2017. Título: *Simulacro de rescate de un submarino en Chile. Participan fuerzan de Estados Unidos y Argentina.* Publicado en el sitio web de la armada chilena: *armada punto ce ele.*

—Con esto se demuestra que los gringos estaban desesperados por el asunto del simulacro —dije—. Y como no pudieron hacerlo acá, fueron y lo hicieron en Chile.

—Sí, pero nosotros fuimos su primera opción. Quizás el simulacro de Chile no les sirvió del todo y entonces tuvieron que llevar a cabo otras operaciones después.

—Eso es sacar conclusiones precipitadas. Mejor seguí.

Entonces Cable señaló con el puntero el único ítem de su presentación que estaba enmarcado en color rojo.

—Pieza número cinco —dijo—. Del 31 de Octubre de 2017. Título: *Misterioso objeto interestelar pasa cerca de la tierra con máximo acercamiento el día 19 de Octubre. Se observó que tiene forma de cilindro y cuatrocientos metros de largo.*

—¿Sos boludo? —lo interrumpí—. ¿Me estás cargando? —Entonces a Cable se le empezó a dibujar esa sonrisa ladina que hacía cuando quería hacer parir a alguien—. ¡Sí, lo veo! —le grité—. ¡Te estás cagando de risa!

—No no, me río porque te estás poniendo colorada, pero esto es en serio.

—¡Ah, lo admitís! ¡Te reís de mí! ¿Y cómo no querés que me ponga colorada? ¡Con la de pavadas que decís! ¡Ya empezaste con los objetos voladores

estratosféricos! ¿Dónde publicaron eso? ¡En ninguna parte, seguramente! ¡Lo inventaste vos!

—Lo publicó: *lavanguardia punto com*.

—¿El diario catalán?

—Ese mismo, y otros también. ¿No lo leíste? Lo voy a dejar marcado en amarillo para después... o bueno, no. Si ya está en rojo, no me voy a olvidar.

—Mirá, marcalo del color que quieras. Yo me voy a dormir —dije y me levanté del sillón.

—No no, pará. Uno más. Dejame mostrarte uno más.

—Uno solo —le dije y volví a sentarme.

—Pieza número seis. 16 de Noviembre de 2017. *Infobae* publica la existencia de un *SARSUB*, que es un pedido internacional de búsqueda y rescate de un submarino. Lo publicó a las cinco de la tarde. La armada recién reconoció que el *ARA San Juan* estaba desaparecido cinco horas después. El último contacto que tuvieron con el submarino fue el día anterior, el día 15 de noviembre, a las diez de la mañana.

Cuando Cable leyó esa noticia me tranquilicé. Ahí era donde empezaban los hechos reales. Todo lo que había leído antes no tenía ninguna relación con el asunto. Solo a él, con esa mente retorcida que tenía, podía ocurrírsele conectar elementos tan disparatados entre sí.

—Bueno, ahora nos vamos a dormir —dijo Cable.

—¿Qué? ¿Ahora? Justo cuando empezás a pisar terreno firme. Ahora seguí.

— Como quieras. Pieza número siete. Del 17 de Noviembre de 2017. Título: *El HMS Protector zarpa de Stanley para colaborar en la búsqueda del ARA San Juan*. Lo publicó: *primerobahia punto com*.

Cable abrió una imagen que contenía el *tracking* de un barco. En ella se podía observar que el *HMS Protector* había partido de Stanley el día 15 de Octubre por la noche, un día antes de que la armada anunciara la desaparición del *ARA San Juan*.

El barco llegó al día siguiente por la mañana al lugar exacto en donde un año después se hallarían los restos del submarino.

—¿Qué querés que te diga? —le pregunté—. Es obvio que los ingleses ya sabían por donde andaba el San Juan. Incluso es muy probable que lo estuvieran siguiendo. ¿Fueron ellos los que lo hundieron? Andá a saber. No hay manera de comprobarlo.

Cable se sentó a mi lado en el sillón.

—Tory —me dijo—, vos ya sabés que cuando un rompecabezas está incompleto no hay manera de saber cuál es la imagen de la pieza que te falta, pero mirando las piezas que rodean a la pieza faltante, podés intuir que es lo que hay en ese agujero, o al menos, podés saber que no hay.

—Seguí —le dije.

—Pieza número ocho —dijo sin levantarse del sillón—. 18 de Noviembre de 2017. *Un avión Boeing P8 Poseidón de la NASA ayuda a buscar el submarino argentino*. Publicado en *taringa punto net*.

—Sí, ya lo sé —dije—. No me digas nada. El *P8* es un avión para guerra antisubmarina. Tiene torpedos, cargas de profundidad, misiles anti buque *Harpoon*, además de que lanza y opera sonoboyas, y andá a saber qué cosas más tiene que a nosotros no nos contaron. Lo que sí se sabe, es que en los días anteriores a la desaparición del San Juan, el *P8* estuvo yendo y viniendo desde Ushuaia, supuestamente, porque estaba midiendo el grosor del hielo Antártico, pero ¿cómo medía el hielo? ¿Con las sonoboyas? —pregunté con ironía.

—Está claro que el *P8* no tiene ningún instrumento que pueda medir grosor del hielo —dijo cable—. Sí puede ir un guacho mirando por la ventanilla, y de acuerdo al color que ve, puede tener una idea, siempre hablando de pequeños espesores, pero para hacer eso no te hace falta un *P8*.

—¿Vos decís que el *P8* le mandó un pepino al San Juan?

—No, de eso no tengo ni idea. Lo que sí sé es que seguramente estaba en la tarea para la que fue diseñado, es decir: vigilar submarinos, al San Juan o a otros.

—¿Entonces querés decir que había otros submarinos en el área?

—¿Había? Hay, querrás decir. En esa área siempre hay submarinos.

Cable tocó un botón y las pantallas se apagaron.

—¿Qué hacés? —le pregunté.

—Vamos a dormir.

—¿Justo ahora que la cosa se estaba poniendo interesante?

—Sí, porque ya te estás enervando, y cuando te pasa eso no pensás bien.

Además mañana temprano tengo que ir al pueblo.

—Yo voy con vos. Acá sola no me quedo.

—Dale, pero tenemos que ir en bici, porque si vamos con tu auto vamos a llamar la atención.

—¿La atención de quién? —le pregunté para fastidiarlo. A Cable siempre le había gustado hacerse el misterioso, manía que había heredado de su tío.

—De la gente del pueblo —me dijo.

—¿Y? ¿A mí qué me importa?

—Tengo que pasar desapercibido.

—Claro, me imagino. Me voy a dormir.

Me hice otro té de manzanilla y me metí en la cama. Ya eran como las tres de la mañana y, con el cansancio del viaje, me quedé dormida enseguida. Me pareció que habían pasado unas pocas horas cuando ya lo tenía a Cable sacudiéndome.

—¡Dale, Tory, despertate!

—Dejame dormir.

—Dale que ya amaneció.

—Bueno mandale saludos al sol —le dije, pero Cable siguió sacudiéndome hasta que me despabilé del todo. Adentro del *bunker* era como si fuera de noche y no daban ganas de levantarse. Recién me convencí de que valía la pena poner un

pie fuera de la cama cuando Cable vino a mostrarme una pastafrola de dulce de batata que acababa de hornear.

—Comé livianito que tenemos que pedalear —me dijo, pero no lo le di bola y me mandé cuatro buenos pedazos de pastafrola que me dejaron una sensación de cierta tensión gástrica.

Al subir las escaleras vi que el sol ya estaba unos quince grados sobre el horizonte, aunque todavía hacía un frío que pelaba, cosas de la patagonia. El portón del galpón estaba abierto y entraban unas rachas de viento que me hacían tiritar.

—Me voy a abrigar más —dije.

—No, así estás bien. Porque la temperatura levanta enseguida y, después, a la vuelta, cuando vengamos en subida, te vas a cagar de calor. ¿Qué te parecen las bicis?

Apoyadas contra el portón, había dos bicis de montaña de ensueño. Una *Specialized* de color rojo y una *Scott* de color azul.

—¿De dónde las sacaste? —pregunté teniendo en mente la conocida habilidad de Cable para apoderarse de objetos olvidados.

—Me las dio el dueño de las cajas, en pago por guardárselas acá.

—¿Ah sí? ¡Qué generoso! ¿Y se puede saber quién es?

—Es un indio.

—¿Un indio? ¿De esos con plumas en la frente? ¿Todavía andan por acá?

—No. Vos, burlate nomás. No es un indio de esos, es un indio de la India.

—¿Indio de la India? ¿Pero vos te pensás que yo me chupo el dedo? ¿Qué va a estar haciendo un indio de la India por acá, en medio de la Patagonia? Decime la verdad, decime por qué querés pasar desapercibido en el pueblo. Yo ya lo sé: ¡Porque las bicis te las afanaste! ¡Chorro!

Cada vez que yo me empezaba a enojar, Cable se reía.

—¿Cuál querés? —me preguntó.

Miré las bicis y no dudé. La *Scott* me guiñaba sus ojos azules. Me puse la mochila en la espalda y sin decir más nada salí pedaleando.

—¡Esperá, que tengo que cerrar el portón! —me gritó Cable, pero no le di bola. Igual, no me fui muy lejos. Me puse a dar vueltas delante del galpón, en donde había un espacio redondo de unos veinte metros de diámetro. Intenté entrar en calor mientras probaba la reacciones de la *Scott*.

Cuando Cable al fin cerró el portón, se montó en la bici y salió a toda velocidad hacia el borde oeste de la explanada. Lo seguí. Nos metimos en un sendero casi recto pero lleno de lomadas. Los descensos predominaban sobre los ascensos por lo que la velocidad iba en aumento. El velocímetro enseguida empezó a marcar cuarenta y cinco kilómetros por hora en las bajadas, y no menos de veinte en las subidas, en donde me era más difícil seguir el ritmo a Cable, lo que me obligaba a pedalear en las bajadas para volver a alcanzarlo.

No hace falta decir que entré en calor enseguida. El sol nos daba de atrás mientras coloreaba a la meseta patagónica, pero, el vértigo que le imponía Cable al pedaleo, poco me dejaba ver sin arriesgarme a llevarme puesta una piedra del tamaño de un lavarropas.

Más adelante la meseta ondulada parecía terminar de forma abrupta y, más abajo, se veía un mar de nubes. Cuando llegamos al borde de la meseta, nos zambullimos en un sendero retorcido y técnico que se internaba en un bosque. Ese tipo de terreno es mi favorito, pero Cable ya se conocía el sendero de memoria y yo no, razón por la cuál de a poco nos fuimos distanciando. Nos metimos entre las nubes y quince minutos después el bosque se acabó y adelante apareció un río. A la velocidad que venía y, gracias al pedregullo resbaloso que había cerca de la orilla, poco pude frenar antes de entrar en el agua. El vado tendría unos cuarenta centímetros de profundidad, así que parte de las piernas quedaron sumergidas y me salpiqué hasta la cabeza. Salí chorreando agua y acordándome de Cable, de su tío y,

en especial, de su reverenda madre que lo parió. Cincuenta metros más adelante, Cable me esperaba sentado en una piedra.

—¿Te divertiste? —le pregunté—. Podrías haberme esperado.

—En las carreras no se espera a nadie —me contestó.

—Sí, pero vos no me avisaste que esto era una carrera.

—Si te aviso, me ganás.

—Bueno, ahí te doy un punto. Sabés reconocer la superioridad de tu rival.

En ese momento las nubes se disiparon y el sol empezó a calentar de lo lindo. Pedaleamos hasta la plaza del pueblo, en donde me senté en un banco al sol con la intención de secarme un poco. Me saqué las zapatillas y las medias, y las escurrí lo mejor que pude. Cable miraba a un lado y a otro como un loco.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Estoy esperando la señal.

—¿Qué señal?

—La del indio.

—Ah claro, me imagino, debe ser una señal de humo. Pero te informo, para que aumentes tu bagaje cultural, que los indios de la India no se llaman indios, se llaman hindúes.

—No, estás equivocada. Yo pensaba lo mismo que vos, pero el indio me dijo que hindúes son los que profesan el hinduismo y que no todos los habitantes de la India profesan esa religión, el resto son indios.

Era una explicación demasiado rebuscada para que Cable la hubiera inventado. Seguro que era cierta. Me cerró la boca. Entonces vi en la vereda de enfrente un lugar en donde podía conseguir lo único que me faltaba para hacer que mi estancia en la casa de Cable fuera la más placentera.

—Ahora vengo —le dije—. Voy a buscar provisiones.

Crucé la calle y me metí en el almacén. Me fui derecho para el fondo, en donde estaba la góndola de los vinos. Cable tenía de todo en el *bunker*, pero era abstemio,

y a mí las cenas me caen mejor si están bien regadas. Hice honor a la tierra y elegí una botella de vino de Río Negro, aunque en realidad no estábamos en esa provincia sino en la de al lado. Después agarré otra botella de la Ribera del Duero, para poder comparar si las uvas que están al lado de los ríos son iguales en todas partes del mundo.

Al darme la vuelta con las botellas en la mano, choqué con una señora mayor que ocupaba casi todo el pasillo con un carrito lleno a rebalsar.

—Disculpe —le dije.

La señora miró mis botellas y después me miró a mí.

—Elegiste bien —me dijo—. El vino es uno de los pocos alimentos que no está contaminado.

No supe que contestar a eso, así que de mi boca sólo salió un:

—Ah.

La señora se acomodó los lentes, como para mirarme mejor, y pareció sorprenderse. Dijo una palabra apenas audible, pero que a mí me pareció que era mi nombre: «*Tory*»

—¿Qué? —le pregunté.

—Que estos ojos están tan gastados que ya no sirven —me dijo.

Entonces vi que parte de lo que llevaba en el carrito no eran artículos de almacén, si no, medicamentos de todo tipo.

—Señora, no tome tantos remedios —le dije.

—¿Eh? No, yo no los tomo. Los voy a analizar para saber que tienen en realidad, igual que toda esta comida que llevo. Yo como todo fresco, nada envasado, y te recomiendo que hagas lo mismo. Lo único que tomo envasado —me guiñó un ojo—, es el vinito.

Pagué mi compra y puse las botellas en la mochila. Ya estaba saliendo del almacén cuando escuché que alguien me llamaba desde adentro:

—¡Tory! —Era la señora mayor de nuevo. Volví a entrar.

—¿Me ayudarías a cargar las cosas en el auto? —me preguntó.

—Sí claro, pero, ¿cómo sabe usted mi nombre?

—Lo vi en tu tarjeta de crédito, cuando pagaste.

Tuve que esperar a que el pibe de la caja, que tenía una paciencia patagónica, pasara los cincuenta y cinco productos que llevaba la vieja. Después la ayudé a cargar toda la mercadería en el baúl de un *Ford Falcon* que se caía a pedazos.

—El auto era de mi marido —me dijo—. Él lo lustraba todos los sábados, y yo le decía: no cuides tanto al auto que va a vivir más que vos. Y así fue, se cumplió mi premonición. Tomá, esto es para vos —y de atrás de la rueda de auxilio sacó una botella de *Ponche*—. Por ayudarme. El licor tampoco está contaminado.

Guardé la botella de *Ponche* en mi mochila junto con las otras dos y le di las gracias a la vieja. Empecé a cruzar la calle pensando en que esa señora me resultaba familiar, como si la hubiera visto antes. Entonces vi que Cable me hacía gestos desesperados para que me apurara.

—¿Por qué tardaste tanto? —me preguntó.

—Estaba ayudando a una señora.

—Vamos, dale, que me están esperando.

—¿Quién? —le pregunté, pero Cable ya se había subido a la bici y salió picando sin contestarme. Lo seguí a duras penas durante dos cuadras hasta que frenó en una esquina.

—Es ahí —me dijo señalando un almacén antiguo.

Adentro, las estanterías estaban llenas de latas de galletitas de esas que tenían un vidrio adelante y que se usaron hasta la década de 1980. También había latas de dulce de membrillo y de batata, y otras de contenido desconocido. Parecía que todo lo que se vendía en ese lugar venía adentro de una lata. Cable esquivó el mostrador y se mandó para adentro del negocio como pancho por su casa.

—¡Pará! —le grité—. ¿A dónde vas?

—Ya está todo arreglado. Seguime.

—¿Y las bicis? ¿Dónde las dejamos?

—Acá, ¿dónde las vas a dejar? Esto no es Buenos Aires. Acá la gente es honesta. Nadie te va a tocar nada.

Yo tenía mis dudas respecto de la honestidad de las personas por más pueblerinas que fueran, pero igual dejé la bici apoyada en el mostrador y lo seguí. Resultó que en la parte de atrás del almacén había un bar con una decena de mesas. Casi todas estaban ocupadas: cuatro por viejos, dos por mujeres, una por una pareja de chicos de once años y la última, la de atrás de todo, por un morocho con cara de loco. ¿Adivinen para dónde encaró Cable? Sí, tal cual. Para lo del morocho.

Nos sentamos en la mesa. El morocho tenía un pañuelo verde y rojo enrollado en la cabeza, estilo indio de la India, pero para mí tenía cara de milico, el bigote lo delataba. Lo miró fijo a Cable durante más de dos minutos sin decirle nada, como en las telenovelas turcas. A mí, ni me registró. Al final habló y me asustó un poco, porque de verdad tenía un acento raro.

—¿Cómo está el pajarito? —preguntó.

—En el nido —dijo Cable que parecía contento porque al final el indio le había hablado.

—¿Hay zorros en la pampa?

—¿Qué? —pregunté yo, pero el indio no me dio bola y siguió mirando a Cable.

—Ni uno —contestó Cable.

—¿Cómo no va a haber zorros en la pampa? —insistí—. Hay un montón.

—¿El inframundo, funciona? —preguntó el indio.

—Sí —dijo Cable.

Y ahí ya me quedé callada. Estaba claro que Cable había encontrado un tipo más loco que él, y que disfrutaban loqueando juntos. Quizás incluso ya no quisiera ser más mi amigo y me cambiaría por el indio.

—Entonces activamos la fase dos —dijo el indio—. Dentro de cincuenta y cuatro horas. 25 de Marzo, 18 horas, menos tres *ge eme te*.

—Ella viene con nosotros —dijo Cable y entonces el indio me miró por primera vez.

—No mujeres —dijo.

Era lo que me faltaba. Me paré de un salto mientras sentía como una energía no positiva me subía por la garganta, y exploté:

—¡Qué te pasa! —le grité—. ¿Quién te crees que sos? ¡Sandokán machirulo!

El indio miró hacia la puerta con evidente la intención de rajarse. Estaba por darle la arremetida final cuando Cable me tiró del brazo con la fuerza suficiente para hacerme sentar de nuevo.

—Vamos los dos o ninguno —dijo Cable y me hinché de orgullo. ¡Mi Cablecito me defendía!

El indio parecía a punto de hacer un berrinche, pero al final se mordió la lengua.

—Tú, responsable —le dijo a Cable señalándolo con un dedo acusador. Se levantó de la silla y se fue por una puerta que había en la parte de atrás del salón.

Miré alrededor estando segura de que con el escándalo que habíamos armado todo el mundo estaría mirándonos, sin embargo cada uno seguía en lo suyo. Las mujeres hablaban de una fiesta a toda bomba a la que habían ido en *San Martín de los Andes*, y los viejos seguían con la mirada perdida en las botellas de ginebra. Cable me agarró del brazo y me sacó a la calle, y estuvo bien porque yo seguía con ganas de pelear. Me la hubiera agarrado con cualquiera aunque no tuviera nada que ver.

Volver a pedalear en la bici me tranquilizó y empecé a planear mi venganza. Había perdido la carrera de ida, pero la de vuelta no la pensaba perder. Cuando atravesábamos la plaza vi mi oportunidad.

—Tengo ganas de ir al baño —dije—. Ahora vengo —y encaré para la estación de servicio que estaba en la esquina. Pasé por detrás de los surtidores y fui dando la vuelta alrededor del edificio. Apenas quedé fuera de la vista de Cable, salí a la calle

lateral y me fui a toda velocidad. En la siguiente esquina giré a la derecha por la calle paralela a la que habíamos venido desde el río. ¡Qué alegrón me llevé cuando vi que en esa calle había un puente! ¡No tendría que mojarme de nuevo! Aceleré, riéndome, imaginándome a Cable mientras me esperaba en la plaza como un pavote. Se lo merecía, porque lo que me había hecho a la ida no se hacía. Cruzé el puente casi en el aire y me fui por la orilla del río buscando el sendero que subía a la sierra. ¿Cuánto tardaría Cable en decidir que yo ya llevaba demasiado tiempo en el baño? ¿Quince, veinte minutos? Era tiempo más que suficiente para que la ventaja fuera irrecuperable.

Cuando entré en el sendero me concentré en poner las ruedas en los lugares óptimos para sobrepasar las raíces. Subía a buen ritmo. La *Scott* era flexible y pasaba por arriba de todo. Me arrepentí un poco de haber dejado a Cable allá abajo, pero el daño ya estaba hecho.

Me llevó casi una hora subir lo que habíamos bajado en quince minutos. Cuando llegué a la meseta ondulada ya eran cerca de las dos de la tarde y ahí arriba el sol apretaba. Me lo tomé con calma y poco después, desde la parte alta de una colina, vi a lo lejos la cima al lado de la cual estaba la casa de Cable. Al llegar a una loma algo más alta que las demás, se me ocurrió parar a ver el paisaje que no había podido disfrutar a la ida. Fui girando, maravillándome de la inmensidad del entorno, hasta que al ver justo hacia atrás no pude evitar pegar un grito.

Dos colinas más atrás, el guacho de Cable venía pedaleando como un loco.

Me paré en los pedales de la *Scott* y metí toda la leña en el fuego. Mientras tomaba velocidad, el Negro y el Duero, empezaron a tintinear junto con el Ponche dentro de la mochila. Me arrepentí de haber pecado por borracha y llevar ahora un lastre inútil. La primera lomada la subí como tiro, la segunda no tanto y las siguientes cada vez más lento. En la anteúltima loma antes de la casa Cable me alcanzó. Quise acelerar, pero ya había agotado toda mi energía. Cable me pasaba, se iba y, entonces, por pura impotencia, intenté hacer algo que hacíamos cuando

éramos niños. Estiré mi brazo hacia su bicicleta tratando de alcanzar el freno. Cable adivinó mi jugada y sacó su mano del manubrio para apartar la mía. En ese momento pasó por arriba de una piedra que, con las dos manos sobre el manubrio, no hubiera significado nada, pero con una sola le hizo perder la dirección. Primero se alejó de mí, y después la bici le dio un latigazo que lo hizo volver y llevarme por delante. Vi tierra, vi cielo, más tierra y mucho cielo. Al final no vi nada, pero tragué tierra. Cuando al fin dejé de revolcarme lo primero que hice fue abrir la mochila para comprobar si las botellas de vino estaban sanas.

—¡Borracha! —me gritó Cable desde diez metros de distancia—. ¡Y tramposa! Quedás descalificada. Por lo tanto me consagro ganador tanto de la bajada como de la subida.

—¿Ah sí? Esperá que te felicito. ¡Dale campeón! —canté—. Pero mirá, yo me tomo el premio —le dije levantando una botella de vino.

Entonces me di vuelta y vi que Cable tenía el casco caído hacia la derecha, lo que me causó tanta gracia que no pude parar de reírme hasta llegar a la casa.

Después de almorzar me hice una siesta que duró casi hasta la hora de la cena. Al levantarme me dolían todos los músculos, pero estaba contenta, me sentía como en los viejos tiempos cuando con Cable asolábamos los campos entre *Florencio Varela* y *Alejandro Korn*.

Como todavía me sentía con un poco de culpa por haber intentado apretarle el freno a Cable, pensé en recompensarlo cocinando, y me amasé unos ricos ñoquis con un buen tuco de los cuales comimos tres platos cada uno. Por supuesto, yo me abrí mis dos botellitas para hacer el correspondiente desafío.

—¿Qué hacés? —me preguntó Cable—. ¿¡Con una no te alcanza!?

No le contesté y me dediqué a lo mío. El Negro era salvaje, áspero y lleno de energía; el Duero era un amigo amable, delicado y lleno de preguntas. Fui dándole un sorbo a cada uno, dejando que el contraste me llevara a donde quisiera.

Cable me miraba con la boca abierta.

—¿Querés? —le pregunté.

—No gracias. ¿Vamos a seguir armando el rompecabezas?

Yo no tenía ganas, ya se me cerraban los ojos.

—Tengo sueño —le dije—. Mejor sigamos mañana.

—Para eso tengo solución —me dijo, y al rato se apareció con un café calentito que me despabiló. Fuimos a la sala de las computadoras y encendió los monitores. Yo tomé mi lugar en el sillón.

—Pieza número nueve —dijo Cable—. Fecha: 20 de Noviembre de 2017.
Título: *Estados Unidos envía un avión Lockheed C5 Galaxie con un submarino de rescate*. Publicado en: *infobae.com*

—Y ahí fue cuando empezó el circo —comenté.

—Tal cual. Pero mejor veamos algunas piezas más para tener un poco de perspectiva. ¿Te parece?

—Sí, dale, seguí.

—Pieza número diez. Esta no la tenés. Fecha 22 de Noviembre de 2017.

Me parecía raro que no tuviera una noticia de esa fecha, porque en los días posteriores a la desaparición del ARA San Juan, yo chequeaba todo lo que se publicaba, tanto de la prensa nacional como extranjera.

—Título: *El Reino Unido instala un nuevo sistema antimisiles en Malvinas*.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Quién publicó eso? ¡Habría sido algún diario de morondanga en algún pueblo perdido!

—Fue *La Nación*.

—No entiendo cómo se me puede haber pasado esa noticia.

—Yo sí sé por qué se te pasó. Es fácil. Fue porque estaba en un recuadro chiquito debajo de una noticia importante, como siempre.

—¿Estás seguro que eso se publicó justo la semana posterior a la desaparición del San Juan? Porque es como retorcer el dedo después de habértelo metido en el culo.

—Estoy seguro. Googlealo si querés, todavía está en la web.

—Ahora que lo pienso, nos lo estaban diciendo en la cara y no nos dimos cuenta.

—Mejor sigamos —dijo Cable—. Pieza número once, del mismo día 22 de noviembre. Esta noticia es la que estaba en el diario *La Nación* arriba de la del escudo antimisiles y, seguro, fue la que te nubló la vista. Título: *La jueza Yañez dice que el submarino estaba en una misión que es secreto de estado*.

—Y claro que esto me debe haber nublado la vista. ¡Imaginate! La mina dice que es secreto de estado y yo le digo: ¡Chocolate por la noticia! ¿En serio una jueza se sorprende de que un submarino haga misiones secretas? Además, ¿sabés por qué me dio bronca? Porque me sonó a... bueno, como es secreto de estado y yo no me puedo meter, me lavo las manos.

—Y eso parece que es lo que ocurrió. O te lo pongo más fácil: desde arriba le dijeron: flaca, hasta acá llegaste.

—Escuchame Cable, tengo una duda: ¿cuándo la gente dice arriba? ¿A qué se refiere?

—Y... arriba es arriba, en dónde están los dioses. Es ese lugar a donde vos nunca vas a poder llegar.

—Ah, ahora me quedó mucho más claro.

—¿Tory?

—¿Qué?

—Me gustó la carrera que hicimos esta mañana. Sobre todo cuando me quisiste apretar el freno. Cuando nos revolcamos por la tierra me acordé de cuando éramos chicos.

Me sorprendí por completo. Cable nunca me había hablado así. Yo sabía que al él le gustaban ese tipo de cosas. Esa era la razón por la que había sido, y sigo siendo, su amiga, pero nunca hasta ese momento él lo había puesto en palabras. Me dejó muda por un buen rato.

—A mí también me gustó —le dije al final—. Y me parece que me voy a quedar a vivir acá con vos.

Entonces me puse a mirar el techo. A Cable le gustaban las visitas, pero estaba claro que vivir, lo que se dice vivir, para él era cosa de una sola persona. Noté que me miraba con recelo, sin estar del todo seguro de si le estaba hablando en serio o en broma.

—Dale, seguí leyendo —le dije—. Y no te preocupes que en una semanita tengo que volver a casa.

—Pieza número doce —dijo—. 23 de Noviembre de 2017. Este es un *twit* del secretario ejecutivo del tratado de prohibición completa de ensayos nucleares, en donde se anuncia que hubo un evento impulsivo no nuclear en la zona de la desaparición del *ARA San Juan*.

—Tengo claro que esa organización tiene sensores distribuidos en varios puntos estratégicos del globo terráqueo, que registrarían una explosión nuclear en caso de que se produjera, pero, ¿qué quiere decir evento impulsivo?

—Es algo que da impulso.

—Sí, claro, pero a vos, mi Cablecito, ¿te suena que la implosión de un submarino puede impulsar algo?

—La implosión me parece algo pasivo, mientras que la impulsión habla de actividad, de algo que genera energía por sí mismo.

—Vos lo dijiste y creo que no hay nada más que agregar. El que no lo quiere entender, que no lo entienda.

—Sigo entonces —dijo Cable—. Pieza número trece. Fecha: 24 de Noviembre de 2017. Título: *Rusia envía un avión de transporte Antonov con un mini submarino Panther para rescatar al San Juan*. Publicado en: *tn.com.ar*

—Bueno, era lo obvio. Si los estadounidenses habían mandado al payaso, los rusos tenían que mandar al oso equilibrista.

Cable se empezó a cagar de risa.

—Sí —dijo—, fue la primera vez que se enviaron medios de Estados Unidos y de Rusia al rescate de una nave de un tercer país. ¡Qué chicos tan solidarios!

—Yo diría que por interés baila el mono, o el oso, en este caso.

—¿Qué mono? ¿Qué oso?

—No importa, dale, seguí.

—Bueno. La siguiente pieza es la número catorce, del 29 de Noviembre de 2017. Título: *Corea del norte lanza un nuevo misil que alcanza los cuatro mil quinientos kilómetros de altura*. Publicado en: *elpaís.com*

—¡Y otra vez con boludeces que no tienen nada que ver! ¿No te enteraste de que Corea está en la otra punta del mundo?

—No, escuchame: Los ingleses anuncian un escudo antimisiles y una semana después los coreanos prueban su nuevo misil. ¿Vos decís que no tiene nada que ver? Me extraña, araña.

—Cable, querido, los mismos Coreanos dicen que el misil tiene un alcance de cuatro mil quinientos kilómetros, eso no llega a las Malvinas.

—Tory, querida —Cable movía la Cabeza a los lados intentando imitarme—. Entendiste mal. Los cuatro mil quinientos kilómetros son para arriba —señaló con el puntero hacia el techo—. Acá dice: «de altura». Y si un misil llega hasta esa altura, se sale de la atmosfera, por lo tanto puede bajar en cualquier parte del globo.

—¿En serio?

—No, manzana.

—¿Lo chequeaste?

—No hace falta, lo sé.

—Bueno, esperá un poco, tampoco te hagás el canchero.

—Además, es posible que los coreanos no quisieran tirarle a los ingleses y, a su vez, que los ingleses no armaran el escudo para defenderse de los coreanos.

—Lo que querés decir, es que hay un tercero en discordia.

—Claro.

—¿Y quién sería, según vos?

—Ya te vas a enterar.

Si hay algo que detesto en la vida es cuando alguien se hace el misterioso, y más aún si ese alguien es Cable. Yo estaba segura de que el misil coreano era una porquería que no servía para nada, pero pensé que era mejor dejar de discutirle a Cable, porque en todo caso, aunque el misil fuera el más avanzado del mundo, nada tenía que ver con el *ARA San Juan*. Igual no pude contenerme y me burlé un poquito.

—Tenés razón —le dije—. Aplausos. La gente corea tu nombre. ¡Cable! ¡Cable! Ahora seguí.

Cable me miró con esa cara de malo que a veces pone, pero que no asusta a nadie. Hizo pasar la pantalla hacia abajo y señaló el siguiente cuadro.

—Pieza número quince —dijo—. Fecha: 5 de diciembre de 2017. Título: *La Armada Argentina informa que el submarino ruso Panther inspecciona un objeto a novecientos cuarenta metros de profundidad. El objeto fue hallado días atrás por el sonar activo del buque chileno Cabo de Hornos*. Publicado en: *lanacion.com.ar*

—Bueno. Para esta fecha, que es veinte días posterior al naufragio, ya todos sabíamos que no había sobrevivientes. Entonces, supuestamente empezaron a chequear objetos que estaban a profundidades en dónde el submarino no podía estar entero.

—Correcto. Pasemos a la pieza número dieciséis. Fecha: 10 de diciembre de 2017. Título: *El buque Cabo de Hornos finaliza la tarea de búsqueda del submarino argentino ARA San Juan*. Publicado en: *armada.cl*

—Conozco bien esta noticia, que en realidad, al estar en la página oficial de la Armada Chilena, tiene carácter de documento. Y ahí dice que el último día de búsqueda remitieron a la Armada Argentina un punto de contacto en donde probablemente estaba el submarino, y, esto lo digo yo, dieron por sentado que la

Armada Argentina investigaría este último punto. Algo que, de acuerdo a lo vimos después, no se hizo.

—¿Estás segura que no investigaron este punto?

—No, no estoy segura de nada. Pero en el caso de que hayan ido a ver qué había ahí, a nosotros no nos lo contaron.

Cable apagó la computadora.

—Nos vamos a dormir —dijo, y no me opuse porque ya me estaba entrando el sueño de nuevo. Sin embargo había algo que me daba vueltas en la cabeza desde esa mañana.

—¿Dónde está el pajarito? —pregunté como quién no quiere la cosa.

—¿Qué pajarito? —dijo Cable haciéndose el distraído, pero de golpe se había puesto colorado. Ahí había algo raro.

—No te hagas el boludo. El pajarito ese por el que te preguntó el indio.

—Mañana te lo muestro.

—¿En serio? Mirá que mañana no me voy a olvidar, y te voy a preguntar quinientas veces por el pajarito hasta que te estalle el cerebro.

—Eso ya lo sé —me dijo y agachó la cabeza. Entonces decidí aprovechar su momento de debilidad para intentar sacarle todo lo que no me había contado.

—¿Quiénes son los zorros?

—Los zorros son gente que mete la nariz en donde no le importa.

—Eso ya lo sé. Entonces el indio te preguntaba si alguien había estado husmeando por acá, en donde tenés guardada su mercadería.

—Así es, correcto.

—Y va la última pregunta, la que me tiene más intrigada y la verdad, un poco asustada. ¿Qué carajo es el inframundo?

—Eso te lo puedo mostrar ahora.

Cable volvió a encender la computadora. Abrió un programa y empezaron a aparecer en las pantallas imágenes en la gama del color naranja. Al principio me

asusté, parecían imágenes del mismísimo infierno, pero entonces reconocí la pendiente ondulada por la que habíamos descendido al pueblo. Me di cuenta de que Cable tenía un sistema de vigilancia nocturno, infrarrojo. En ese momento en una de las pantallas apareció un objeto blanco moviéndose.

—¿Y eso qué es? —le pregunté.

—Un zorro.

—Pero vos le dijiste al indio que acá no había zorros y ahí tenés uno.

—Tory, creí que habías entendido que los zorros que nos interesan no son esos si no los humanos. Si apareciera un ser humano, el sistema entraría en modo alarma y activaría las defensas.

—¿Defensas? ¿Qué defensas? ¿Quién carajo te dio todo esto?

—El indio.

—Entonces debe ser muy valiosa su mercadería.

—Lo es.

—Bueno. Mañana voy a ir a ver qué carajo hay en las cajas.

—Como quieras, pero ahora me toca preguntar a mí.

—Preguntá nomás. ¿Qué querés que te cuente?

—¿Por qué tardaste tanto en el almacén? Estuviste enviando lo que vimos acá a tu diario, ¿no? Decime la verdad. ¿No podés esperar un poco? A ver si viene alguno de esos periodistas pelotudos amigos tuyos y el indio se termina enojando.

—¿Qué decís? ¿Qué te pensás? ¿Qué soy una alcahueta? Te dije que estuve ayudando a una señora. Y ahora que me hacés acordar, ¿sabés qué cosa más rara? La vieja llevaba remedios como para drogar a un batallón.

—¿Quééé?

—Lo que acabás de oír. Y además me quedé con la sensación de que ya la conocía, como si la hubiera visto antes.

—Pero, ¿y por qué no me lo contaste en el momento?

—¿Por qué va a ser? Porque saliste rajando para ver al indio. No me diste tiempo.

Cable se agarraba la cabeza.

—Nooo —decía.

—¿Qué te pasa? ¿Tomaste mucho mate?

—No, la vieja esa es extraterrestre.

—Ahh, bueno... mejor vamos a dormir, porque ya empezó la tontería —y me empecé a reír, pero Cable parecía preocupadísimo—. Tranquilo —le dije—, que la vi de cerca y en la piel no tenía escamas.

—Seguro que se llevaba los remedios para analizarlos.

—Sí, eso me dijo.

—¡Y te lo dijo en la cara! ¡Te estaba diciendo la verdad! ¿Qué más te dijo?

—Y... que el vino era una de las pocas cosas que no estaba contaminada. Obvio, la vieja era re borrachina... ¡ah! y adivinó mi nombre.

—¡Y cómo no lo va a adivinar, si te puede leer la mente! ¡Mirá que sos boluda! ¡Tuviste a una extraterrestre en frente y no me avisaste!

—Para empezar bajá el tonito y boluda será tu abuela. ¿Te das cuenta la cantidad de pavadas que estás diciendo?

—Mañana te sigo explicando —me dijo Cable y se volvió a meter en el cuarto de las computadoras. Yo ya me estaba cayendo de sueño y me fui para mi habitación. Sabía que no tenía que preocuparme por Cable. Cada tanto le agarraban esos lapsus, por llamarlos de alguna manera. Por algo le decían Cable Pelado, y desde que era chico había tenido obsesión por los extraterrestres. Así que lo dejé con lo suyo y me fui a la cama. Pensé en levantarme esa misma noche, después de que Cable se hubiera dormido, para revisar por mí misma, no solo las dichas cajas, sino toda la guarida de Cable. No me había gustado nada el Sandokán ese y era muy probable que estuviera metiendo a Cable en algo gordo. Sin embargo, en cuanto mi cabeza tocó la almohada, me sumí en un sueño profundo y me desperté a

las seis y media de la mañana. Entonces pensé en que aún podía estar a tiempo de ganarle de mano a Cable. Me vestí y subí la escalera con sigilo. Cuando llegué arriba, vi que por las rendijas de las chapas del galpón entraba la luz del amanecer. En penumbras, abrí una caja, y cuando vi su contenido me costó caer. Había esperado encontrar cualquier cosa menos eso.

La caja estaba vacía.

Abrí otra caja y tampoco tenía nada. Fui a otra parte del galpón y abrí una tercera caja con idéntico resultado.

Había algo que no me cuadraba. Cable era un boludo, y el indio, si se había hecho amigo de Cable, era un boludo también... pero no podían ser TAN BOLUDOS... algo estaban tramando. No podía ser que coleccionaran cajas vacías creyendo que tenían pajaritos y que vigilaran su botín de cajas vacías con todo un despliegue de tecnología punta. Algo me estaba perdiendo.

En la parte del galpón en donde yo estaba, las cajas estaban apiladas de a cuatro unidades, en cambio, en la mitad del galpón que daba hacia el este, las pilas de cajas llegaban casi hasta el techo. Pilas bajas por acá, pilas altas por allá: era obvio que lo interesante no estaba en lo que había en las cajas si no en lo que ocultaban. Tendría que haberme dado cuenta antes.

Caminé por un pasillo libre, golpeando las cajas, comprobando por el ruido que hacían que todas estaban igual de vacías. El pasillo hacía una curva a la derecha, después otra hacia la izquierda y, al final, a la izquierda de nuevo. Era un laberinto, como para aburrir a cualquiera que anduviera con ganas de husmear, pero esa mañana yo estaba con mucha paciencia.

Cuando el pasillo dejó de dar vueltas, lo vi, y no tuve ninguna duda: era el pajarito. Solo que no era el pajarito; era el pajarote. Y no tenía alas; tenía hélices. Seis para ser más precisa, y a los lados de la cabina lucía unas inscripciones con símbolos extraños y una bandera. La bandera sí sabía cuál era: la de India.

Abrí la puerta y asomé la cabeza dentro del habitáculo. Entré y me senté en el asiento del piloto. Pensé en encender el tablero de mandos para extraer más información, pero no supe cómo hacerlo. Lo que más me gustó del pajarote fue que tenía tres asientos. El tercero estaba en el medio de los otros dos, pero un poco más retrasado, y tenía su propio tablero de mandos, que vaya a saber para qué servía.

Al bajar la escalera sentí el olor del café recién hecho, y cuando entré en el comedor me encontré con el desayuno servido. Como casi siempre, Cable tenía una sonrisa sobradora en el rostro.

—¿Te gustó el pajarito? —me preguntó.

—Es lindo. Aunque parece más un insecto gigante que un ave.

—Eso mismo le dije al indio, que habría que llamarlo avispa o libélula, pero él insiste con que es un pajarito.

—Sea el animal que sea, ¿el indio sabe pilotarlo?

—No, no sabe. El que sabe soy yo: papá.

Tendría que habérmelo imaginado. Cable tenía una habilidad innata para los objetos voladores, en particular para los no identificados. Tenía en su haber una hazaña que debería figurar en el libro *guinness* si hubiera sido dada a conocer. Había hecho despegar un jet trimotor con un solo motor en funcionamiento... y lo había hecho despegando desde una pista de tierra... y a los 16 años.

—Y si vos pilotás —le dije—, ¿al indio para que lo queremos? ¡Qué se vaya a freír mondongo!

—No, pará, no seas guacha. El indio es el dueño del aparato. Además, él tiene que venir para hacer las mediciones.

—¿Qué mediciones?

—Ya lo vas a ver. Pero es mejor que te enteres en el momento. Es más fácil de creer.

Lo miré con cara de *te voy a matar*, pero sabía que era en vano. Cuando Cable no quiere largar algo, no hay con que darle. Así que me limité a preguntarle cuando

era el vuelo, a lo que me contestó que salíamos a las seis *pe eme* del día 25. Y como para eso faltaba más de un día, decidí relajarme y salí a caminar.

Me alejé del bunker en sentido opuesto al pueblo. En esa dirección la meseta ascendía hacia un reborde rocoso que tenía una cima chata y alargada. Parecía que estaba cerca, pero me llevó toda la mañana llegar a lo más alto. Al darme vuelta me costó identificar el lugar en donde estaba la casa de Cable. Sus preocupaciones de que alguien lo encontrara allí eran infundadas. El lugar se camuflaba a la perfección con el resto del entorno. El pueblo tampoco se veía desde ese lugar porque estaba oculto tras el descenso abrupto que había al final de la meseta. Lo que sí podía verse, entre medio de picos nevados y bosques, eran los lagos que estaban más allá del pueblo, y coronando todo el paisaje se divisaba la silueta inconfundible del volcán Lanín.

La sorpresa me la llevé cuando miré al suelo. Había cientos, ¡qué digo!, miles de rocas que brillaban con la luz del sol. La mayoría eran fragmentos largos y finos, afilados en algunos casos. Yo sabía qué eran esas rocas, pero nunca las había visto en tal cantidad, y menos aún de semejante tamaño. Había trozos de casi un metro de largo.

Tomé un fragmento en mis manos y lo observé. No había duda: era pedernal, la roca que le había dado a la humanidad la posibilidad de controlar el fuego. Y para demostrarlo me agaché y froté mi pequeño trozo contra otro más grande. De inmediato surgió una chispa. ¿Cómo podía ser que hubiera tal cantidad de pedernal en esa cima? Y peor aún, ¿cómo nadie lo había descubierto estando a escasos quince kilómetros de un pueblo bastante grande?

Empecé a deambular entre las rocas y recordé que el pedernal, por su dureza, se usaba también en forma de cuña para desplazar o acomodar grandes rocas en las construcciones. Y cuando recordé eso, de inmediato me vino a la mente una roca que había visto un par de minutos antes. Retrocedí y corrí hacia ella, en parte emocionada por mi posible descubrimiento y en parte estando casi segura que había

visto mal, que mi imaginación me estaba jugando una de sus bromas. Sin embargo, allí estaba, y era tal como lo había creído: una roca larga, muy larga, de cinco o seis metros de longitud, fina, de no más cuarenta centímetros de ancho y... perfecta. Era, sin duda, una columna que en algún momento había estado de pie, sosteniendo un techo, pero que ahora yacía tumbada en el suelo.

Continué recorriendo el lugar, esperando encontrar otras columnas con las que poder armar mi Partenón patagónico, pero no encontré ninguna otra. Sin embargo, estaba segura de que toda esa cantidad de pedernal no podía significar otra cosa que allí había habido un grupo de hombres construyendo algo hacía miles de años atrás, y que el lugar merecía la atención de la arqueología.

Al volver a la casa de Cable, encontré en la heladera una botella de jugo de manzanas del río negro, y me la bajé entera mientras Cable me observaba.

—Siempre lo mismo —me dijo—. Te vas de expedición sin equipamiento. Ni siquiera te llevás una botella con agua. Mirá cómo quedaste.

—Es que me acostumbré a cuando voy en la bici. Ahí tengo la caramañola.

—Dale, que te conozco. La caramañola la llevás siempre vacía.

Me tragué el último sorbo de jugo de manzana, y solté un buen eructo para hacer callar a Cable.

Esa noche, cenamos un pescado delicioso. Cable me dijo que lo había pescado él mismo, aunque lo más probable era que lo hubiera comprado. Igual estaba rico. Con un panqueque con dulce de leche y un cafecito, nos fuimos para el cuarto de las computadoras. Cable me aseguró que iba a terminar de armar el rompecabezas del submarino, aunque yo tenía mis dudas. Muchas de las piezas no encajaban por más que Cable asegurara lo contrario. Nos estábamos yendo cada vez más por las ramas. Mi sensación era que no íbamos a terminar en nada en concreto, como tantas otras veces.

—Pieza número diecisiete —dijo Cable—. Fecha: 11 de Abril de 2018. *Infobae* publica la orden enviada por el comando naval al *ARA San Juan*.

—Este es el centro de la historia —le dije—. Es el documento que luego fue llevado al congreso de la nación. Es una corrección sobre la misión original del *ARA San Juan*, en donde se le indica al submarino que debe patrullar el «Área Alejandra». Sin embargo, sobre las coordenadas impresas, se hace una corrección posterior con lapicera a la que se denomina «anexo bravo», la cual está firmada y sellada por la misma persona que certificó la orden original, que es el comandante de la fuerza de submarinos. Si revisamos las coordenadas de esta corrección, vemos que se refieren a un área ubicada justo frente a las costas orientales de la Isla Soledad. ¿Qué tenía que hacer el *ARA San Juan* en las Islas Malvinas? Bueno, en principio, nada santo. Es obvio que iba a fichar algo que estaban haciendo los británicos. ¿Qué es lo que iba a chusmear y con qué fin? Imposible saberlo. ¿Lo hacía para la propia Armada Argentina o para un tercero? Tampoco tenemos idea. Con esto nos desayunamos casi cinco meses después de que desapareciera el submarino, y ahí sí empezaron a cobrar sentido las palabras de la jueza que había estado a cargo del caso, quién había dicho que la misión era secreto de estado.

—¿Querés que siga? —me preguntó Cable viéndome un poco apesadumbrada.

—Sí, seguí —le contesté—. Vamos a terminarlo.

—Pieza número dieciocho. Fecha: 12 de Agosto de 2018. Título: *Un investigador del CONICET, a instancias de un pedido de una comisión del congreso, sostiene que la explosión fue externa al casco del submarino*. Publicado en: *enorsai punto com punto ar*

—Lo que nosotros ya decíamos, apenas llegada la información de la organización del tratado de prohibición completa de ensayos nucleares, ahora lo dice alguien del CONICET, y entonces los senadores dicen: «ooohhh». ¿En dónde vivimos?

—¿En Argentina? —preguntó mi Cable con esa sonrisita suya tan encantadora.

—Sí, dale. Seguí.

—Pieza número diecinueve. Fecha: 17 de Noviembre de 2018. Es la noticia del hallazgo de los restos del ARA San Juan, justo un año después del desastre. Lo publicó todo el mundo.

—Fue la noticia más esperada y a la vez la que nadie quería escuchar. Un año estuvieron mareando la perdiz, hasta que en el último día que tenía disponible, el *Seabeb Constructor*, o sea, el barco que había contratado el gobierno argentino a duras penas, después de que los familiares de los marinos insistieran a más no poder, encontró al *ARA San Juan* exactamente en aquel último punto que el buque chileno *Cabo de Hornos* había señalado como de mayor probabilidad, y que nadie había ido a verificar. ¡Contate otra!

Cable suspiró y volvió a señalar la pantalla.

—Pieza número veinte —dijo—. Fecha: Del mismo día, 17 de Noviembre de 2018. Título: *Tras el hallazgo del submarino, el Seabeb Constructor no toca puerto argentino. Los familiares de los marinos que estaban a bordo desembarcan en Sudáfrica*. Publicado en *perfil punto com*

—¿Vos me querés decir por qué los tipos estaban tan apurados?

—Eso es fácil Tory. En realidad, no tenían ningún apuro. Fue solo una excusa para no volver a tocar un puerto argentino con el riesgo de que a algún juez se le ocurriera incautar el material fílmico. De esta manera, solo nos mostraron lo que quisieron, aunque es seguro que había algo más. Rajaron porque tenían el culo sucio, no hay otra. Y por eso esperaron a último momento para ir a ver el punto en donde era más probable que estuviera el submarino, o mejor dicho, el punto en donde sabían que estaba.

—Todo esto fue un circo.

—Sí, pero la carpa del circo es más grande de lo que vos pensás.

—¿Ah sí? Mostrame.

—Sí, escuchá. Pieza número veintiuno. Fecha: 22 de noviembre de 2018. Título: *Un jefe naval le anticipó a la Jueza la ubicación del submarino*. Publicado en: *la nación punto com punto ar*

—Y acá empieza la parte patética de la historia. Con el diario del lunes, resulta que todos ya sabían lo que había sucedido. Y si sabían, ¿por qué no lo publicaron antes? Y si la jueza sabía, ¿por qué no lo dijo?

—Pieza número veintidós. 5 de diciembre de 2019. Título: *El Seabed Constructor encuentra al crucero alemán Schwanhorst, hundido en la batalla de las Islas Malvinas durante la Primera Guerra Mundial*.

—Bueno, fijate. El mismo barco que un año antes no tenía tiempo para buscar al *ARA San Juan*, ahora vuelve a las Malvinas, y, oh casualidad, justo se pasea por la misma área en la que, según la orden del comando de submarinos, se envió a husmear al *ARA San Juan*, y allí encuentra un crucero de la primera guerra mundial que durante los últimos cien años no había interesado a nadie.

—Parece que de pronto esa zona cobró interés para todos. Pero resulta que el *Schwanhorst* no es el único barco yace en el fondo por allí. También están los barcos hundidos en 1982: el *Sheffield*, dañado por un misil *Exocet* el día 4 de Mayo y hundido en la noche del día 9, y, según algunas lenguas viperinas, también el *Invincible*, impactado por un misil el día 30 de Mayo y hundido adrede por los británicos en los días posteriores, según dicen, porque resultaba imposible camuflar los daños infringidos a la nave insignia de la flota, los cuales no debían ser mostrados a la opinión pública. Ambos barcos portaban armas nucleares durante el conflicto de 1982. ¿Qué fue de esas armas? Yo no lo sé.

—Yo tampoco, Cablecito. Te faltan dos nomás, ¿no?

—Sí. Pieza número veintitrés. Fecha: 7 de Noviembre de 2020. Título: *La armada conocía la ubicación del submarino veinte días después de su desaparición*. Publicado en *comunidad náutica punto com*

—En esta noticia lo único interesante es ver cómo algunos, recién tres años después, se dan cuenta de lo evidente. ¡Pero por favor!

—La última. Pieza número veinticuatro. Fecha: 22 de Noviembre de 2020. Título: *La Armada Chilena reivindica el hallazgo del ARA San Juan*. Publicado en *litoralpress punto ce ele*

—Este es el broche de oro. Los chilenos confirman que el submarino fue hallado en donde ellos habían señalado. Con lo cual, más que darse mérito ellos mismos, dejan como el orto a sus compadres de la Armada Argentina, de quienes ya nos quedó claro que no son ingenuos ni tampoco ineficientes, y, en mi interior, presiento que tampoco son unos hijos de puta. ¿Sabés que pienso, Cable querido, de todo este entuerto?

—¿Qué, Tory?

—Que el *ARA San Juan* se sacrificó en pos de una causa más grande de lo que nosotros pensamos. Que fue una pieza importante en el tablero y no un peón, quizás haya sido un alfil, surcando las aguas en diagonal, o un caballo saltando por encima de otras piezas, aunque en este caso, en realidad, pasaba por debajo.

—Así es. El *ARA San Juan* fue una pieza clave en lo que ocurrió en ese rincón del *Mar Argentino*, pero me parece que todavía no captaste el fondo del asunto.

—¿Ah no? ¿Y cómo sería eso?

—Vos sabés que yo no soy muy bueno para explicar ciertas cosas, pero lo voy a intentar. ¿Te acordás de las primeras noticias, en donde desde Estados Unidos estaban desesperados por hacer un simulacro de hundimiento de un submarino?

—Sí, en Agosto de 2017 ya estaban con eso. Y cómo no lograron hacerlo acá, lo hicieron en Chile, el 14 de Octubre.

—¿Y a qué puede deberse ese interés desmesurado cuando ellos tienen decenas de submarinos viejos con los cuales hacer simulacros?

—¿A qué si traigo acá medios para hacer el simulacro puedo hacer pasar desapercibida otra actividad submarina?

—Vamos bien.

—¿Y cuál sería esa actividad?

—Cualquiera podría pensar en algo relacionado con los recursos del subsuelo, petróleo, gas... pero hay otra cuestión. El simulacro en Chile coincidió con el máximo acercamiento a la tierra del objeto *A/2017 U1*, también conocido como *Oumuamua*. Es lo que te comenté en la pieza número cinco.

—No entiendo que tiene que ver eso. ¿Qué es ese *mua mua*?

—*Oumuamua*. ¿En serio no sabés?

—No, ilustrame.

—*Oumuamua* es el primer objeto descubierto del que se tiene certeza que provino de fuera del sistema solar. Fue descubierto desde un telescopio en Hawái que se especializa en descubrir asteroides que puedan pasar cerca de la tierra. Supuestamente, descubrió a *Oumuamua* el 19 de Octubre de 2017, cinco días después del máximo acercamiento, cuando ya se estaba alejando, aunque, por supuesto, puede que haya sido descubierto antes y no nos lo hayan dicho.

—¿Y por qué iban a hacer eso?

—Te cuento. El objeto se acercó a Júpiter y usó su gravedad para acelerarse, tal como hacen las sondas lanzadas desde la tierra que viajan hacia la parte exterior del sistema solar. Así hicieron las sondas Voyager, Galileo y Cassini, entre otras. Después de su paso por Júpiter, el *Oumuamua* orbitó el sol de una manera muy peculiar, haciendo un cambio de noventa grados en su trayectoria para pasar a solo veinticuatro millones de kilómetros de la Tierra, más cerca que de cualquier otro planeta. En concreto, utilizó la gravedad del sol para acercarse a la Tierra. ¿Se entiende?

—Sí.

—¿Querés más?

—No.

—Te lo voy a dar igual. Al principio, los astrónomos pensaban que podía ser un cometa, pero el 25 de Octubre, cuando enfocaron el objeto con el *Very Large Telescope*, que es un telescopio enorme que está en Chile, observaron que no tenía cola y que no era redondo. Era alargado y de unos cuatrocientos metros de largo por setenta de ancho. Y para terminar, un año después, dos científicos estudiaron su trayectoria y comprobaron que *Oumuamua* tuvo aceleración no gravitacional. ¿Sabés qué quiere decir eso?

—Me lo imagino: propulsión propia. Pero bueno, suponiendo que *Oumuamua* fuese la mismísima *Galáctica astronave de combate*, ¿me podés explicar qué carajo tiene que ver con los simulacros de los submarinos?

—Muy fácil. *Oumuamua* soltó una sonda. Todos sabían que esa sonda iba a caer en el *Mar Argentino* el día 14 de Octubre. Y necesitaban tener los sensores en al agua.

—¿Y eso de dónde lo sacaste? Te lo inventaste vos.

—Sí, lo inventé yo. Pero ponelo en el rompecabezas. Es la pieza que falta. Si ponés esta pieza, todo encaja.

Lo miré a Cable tratando de dilucidar si me estaba haciendo una broma. Yo sabía en qué forma él había resuelto muchos rompecabezas de este tipo, pero esto era distinto.

—Pensá —me dijo—. Después del descenso de la sonda, los submarinos estadounidenses, ingleses y rusos empiezan a patrullar la zona. Y también tengo conocimiento, mediante una fuente directa, de que había un submarino de la India. Quizás también había otros. Entonces, en el viaje de ida hacía Ushuaia, los últimos días de Octubre, el San Juan detecta a varias de estas naves y lo informa a su mando. Ahí es cuando la armada debe haber descubierto algo. No sé si fue lo de *Oumuamua* porque hasta ese momento ese asunto lo tenían bien guardado, pero de algo se enteraron, y, obvio, mandaron al San Juan de regreso a investigar en la famosa *Área Alejandra*. Este es el momento en que aparece la orden tachada y

corregida de apuro con lapicera. Mientras tanto, a los norteamericanos, rusos e ingleses, ya no les alcanzaba con los submarinos, necesitaban traer naves de superficie con instrumentos que exploraran el fondo, pero, ¿qué justificativo tenían para hacerlo? Ninguno. Entonces a alguien se le ocurrió que había que hacer un sacrificio. Y había un único sub que sí tenía derecho de andar por allí. Plan perfecto.

—Nunca me enteré de por qué el San Juan llevaba seis buzos tácticos.

—Eso tampoco lo sé, pero está claro que algo pensaban hacer con los buzos. Quizás pensarían que el objeto podía haber caído en las aguas poco profundas cercanas a las costas de las Islas Malvinas. Como mínimo sabían que pasaba algo inusual, por la presencia de tantas naves extrañas. Días después es cuando empiezan a llegar las noticias de escudos antimisiles en las Malvinas, cuando no tienen enemigos alrededor que posean misiles. Claro está que la defensa era para lo que se les venía desde arriba. Y mientras tanto los coreanos probaban misiles en altura. Y los norteamericanos actualizaban los bunkers. Todo al mismo tiempo. ¿Nada tiene que ver con nada?

—¿En serio vos crees que estaban cagados de que los atacaran los extraterrestres?

—¿Ah no? ¡Manteca! ¡Te pasa una nave nodriza a veinticuatro millones de kilómetros de La Tierra y encima te suelta sondas! Yo si veo eso me cago todo. Por esa razón te puse como primera pieza lo de la actualización de los bunkers en Estados Unidos. ¿Vos te pensás que los norteamericanos le temen hoy en día a algún enemigo que esté en la tierra? ¡Nooo, figurita! Los bunkers son por si se les viene algo desde arriba. Seguro que para ese entonces ya habían visto a *Oumuamua* acercándose.

—¿Y qué podía hacer una sonda en el fondo del mar?

—Eso es lo que querían averiguar. Fijate que cuando el barco chileno *Cabo de Hornos* informó del lugar probable en donde estaba el San Juan, nadie le dio bola.

¿Vos te pensás que son todos ineptos esos marinos de diferentes países especializados en rescates? ¿Qué entendieron mal lo que informaron los chilenos? No. Nadie les dio bola porque lo que interesaba era otra cosa. Además, si descubrían al *San Juan* se les acababa la joda, se tenían que mandar todos a mudar. El *San Juan* hundido era la excusa perfecta para poder estar ahí.

—¿Y qué pasó después? ¿Encontraron la sonda alienígena?

—Claro que no. ¿Y por qué?

—Yo que sé. Decímelo vos ya que sabés todo.

—Porque la sonda alienígena también era un sub. Y ojo que puede haber sido una o varias sondas, y desde esas sondas estarían relojeando a todos esos submarinos y barcos que había alrededor.

—¿Y vos como sabés todo eso?

—Porque es obvio. ¿Para qué vas a tirar algo al agua si no navega? Lo dijo Sherlock Holmes: «*Nada resulta más engañoso que un hecho evidente*».

—Entonces tu conclusión es que una o varias sondas extraterrestres entraron al mar en esas fechas, y que eso era lo que estaban buscando todos, incluido el *San Juan*. Y que esas sondas se fueron navegando por allí vaya a saber a dónde.

—Navegando o desembarcando.

—¿Desembarcando? Si quisieran desembarcar hubieran aterrizado directamente en la tierra.

—No, porque si hacés eso cualquier radar te detecta. En cambio si acuatzás y te sumergís, desaparecés, solo te pueden ubicar con sonar en un área limitada, y luego te podés mover hasta donde quieras. Eso es lo que haría yo si tuviera que entrar a un mundo extraño sin ser visto.

—La verdad es que vos debés ser extraterrestre. ¿Nunca te dijo tu tío que en realidad te rescató de una nave que había caído en el campo?

Cable me miró con expresión seria durante dos segundos y después sonrió.

—Ojalá así fuera —me dijo—, pero ya averigüé la verdad.

—¿A qué verdad te referís?

—A que mi tío era mi padre.

—¿Qué?

—Lo que oíste. Mi tío había tenido una relación con una mujer y luego no la vio más. Pero un amigo le contó que esa mujer había tenido un hijo suyo y que no lo estaba cuidando bien. Entonces mi tío fue, esperó que la mujer mirara para otro lado y me llevó.

—¿Eso te contó tu tío?

—No, lo averigüé yo. Encontré a los parientes de la mujer, o sea, de mi madre.

—¿Y ella?

—Murió hace diez años.

Me levanté del sillón y lo abracé.

—¡Pero Cablecito! ¿Por qué no me lo contaste antes?

—Porque lo sé desde hace unos meses, no más.

—¿Y cómo te sentís?

—Mucho mejor.

—¿En serio?

—Sí claro, siempre es mejor saber que no saber, aunque lo que sepas sea malo. Además, me di cuenta que no fui abandonado, ni por mi padre, ni por mi madre, pero mi madre parece que no se molestó demasiado en buscarme cuando mi tío me rescató.

—Sí, es cierto lo que decís. ¡Pero qué boludo tu tío! ¡Digo, tu padre! ¿Por qué no te dijo que era tu padre?

—Pienso que fue porque se sentía mejor así, manteniendo un poco más de distancia.

—Yo creo que fue porque no estaba preparado para ser padre, pero sí se la bancó como tío.

Cable se quedó pensativo y entonces yo también empecé a volar. La hipótesis extraterrestre que Cable había armado para explicar los sucesos del *ARA San Juan* podía ser correcta o no, pero era la mejor explicación que había escuchado hasta el momento. Me conformaba, y decidí dar el asunto por zanjado. Entonces me acordé del paseo de esa mañana, de la cima achatada y de los rastros de la civilización antigua que había visto allí.

—¿Cable?

—¿Qué?

—¿Vos subiste arriba de la loma que está en dirección contraria al pueblo?

Hasta ese momento seguíamos abrazados. Cable tomó un poco de distancia sin soltarme.

—¿Qué viste? —me preguntó.

—Una columna, pero no de hormigón, de piedra pulida. Y un montón de fragmentos de sílex, largos y afilados. ¿Vos sabés que quiere decir eso?

—Tengo una idea, pero el que más sabe es el indio.

—No sé por qué, pero me lo tenía.

—Tenemos que irnos a dormir, porque mañana tenemos que estar descansados.

—¿Mañana tenemos que ir con el indio en el pajarote?

—Sí.

—De acuerdo. Entonces vamos a dormir.

El mountain bike del día anterior, la caminata de esa mañana y las traspasadas armando el rompecabezas del *ARA San Juan*, me habían dejado exhausta. Caí rendida en la cama y me desperté a las dos de la tarde del día siguiente, cuando Cable me sacudió para avisarme que estaba listo el almuerzo. Había asado un cuarto de un bicho que no sé que era, creo que una cabra, y que estaba para chuparse los dedos. Comimos afuera mirando hacia la colina de la civilización perdida.

A las cinco de la tarde apareció el indio en una camioneta, y volvió a preguntarle a Cable si había visto zorros en la pampa. Ante la respuesta negativa, el indio descargó un par de cajas de la camioneta y las cargó en el pajarote. Después se subió a la nave y, hasta donde pude ver, estuvo cargando datos en la computadora.

Por supuesto que ni Cable ni el indio se dignaron a decirme a dónde íbamos. Por las dudas les aclaré que si pensaban entrar en territorio chileno, o peor aún, volar dentro de las doscientas millas alrededor de las Islas Malvinas, me lo dijeran de antemano porque yo no iba. No quería meterme en quilombos. El indio me aseguró que no saldríamos de territorio argentino y que, de todas formas, el dron — porque eso era el pajarote, un dron grande que podía llevar tres personas— no tenía autonomía suficiente para llegar desde allí a las Malvinas.

A las seis y media, con el sol casi tocando el horizonte, nos subimos a la nave. Les pregunté si no había que sacar primero el bicho afuera del galpón, a lo que me contestaron que no hacía falta. Entonces me desanimé un poco. ¿No sería todo una fantochada de Cable, como tantas otras que había pergeñado en su vida? ¿Él y el indio no serían como dos niños, que se subían a jugar en el pajarote y soñaban con volar en un aparato que no abandonaba la tierra?

Y ahí estábamos los tres, con los cinturones de seguridad puestos, al pedo, como unos boludos. El indio miraba fijo una pantalla, Cable se dormía y a mi me empezaba a aborrazar la furia.

Una alarma sonora, intermitente y estridente, empezó a sonar en la cabina. Cable se despertó de golpe y lo miró al indio.

—Es la señal —dijo el indio, y Cable empezó a tocar botones a toda velocidad, mientras distintos indicadores se iluminaban en el tablero. Una barra luminosa de color amarillo aumentó de tamaño hasta que en un momento se puso verde, y de pronto sentí que el pajarote se elevaba, ¡sin hacer ningún ruido! Miré hacia las

hélices pero no se veían las aspas, que estaban en marcha a gran velocidad sin producir siquiera una vibración.

El corazón se me aceleró de emoción. ¡El pajarote volaba de verdad! Y mi preocupación por no haberlo sacado al exterior desapareció cuando vi que el techo del galpón pivotaba hacia la derecha, dejando ver una luna que resaltaba en el cielo del atardecer patagónico como un demonio blanco.

El pajarote resultó ser el medio aéreo más suave y silencioso en el que había viajado jamás. Los aviones y los helicópteros más modernos eran antiguallas a su lado. Su configuración de tres asientos me hacía recordar las naves *cylon* de la primera versión de la serie *Galáctica* que mi mamá me hacía ver cuando era niña. Una vez que superamos la altura del techo, se oyó un leve zumbido y la aceleración me aplastó contra el respaldo de la butaca. Además de sigiloso, el pajarote era rápido, y Cable lo pilotaba como si lo hubiera hecho toda su vida. Lo movía en el eje lateral con un *joystick*, y lo aceleraba con un comando que se deslizaba hacia delante o hacia atrás. Al tomar altura vi el pueblo, y, pocos minutos después, una ciudad grande a la orilla de un lago, lo que me desorientó por completo.

—¿Qué es eso? —Pregunté.

—Bariloche —me contestó Cable, y ahí tomé consciencia de que el rendimiento del pajarote rayaba en los límites de la física. Lo miré al indio.

—¿De dónde sacaste este aparato? —le pregunté. El indio se dio vuelta y por primera vez me sonrió.

—Tecnología india —me dijo.

—Mentiroso —le contesté. El indio ensanchó su sonrisa y no me retrucó.

Continuamos viajando hacia el sur mientras el paisaje pasaba debajo a gran velocidad. Pocos minutos después Cable fue desacelerando hasta que el pajarote quedó suspendido en el aire, inmóvil por completo. En ese lugar solo ve veían las luces ya encendidas de un pequeño caserío a lo lejos y, justo debajo, se distinguía

una línea zigzagueante que parecía ser un río o un arroyo. Descendimos muy de a poco hasta que la nave tocó el suelo.

Sin preguntar nada, dejé que mi impaciencia me dominara y abrí la puerta. Di un pequeño salto y caí a tierra. Afuera hacía un frío que pelaba, pero el paisaje era espeluznante. Estábamos en un cañadón flanqueado por dos acantilados gigantescos. A media distancia, entre ambos riscos, había un bosque de árboles bajos y tupidos con hojas de color verde intenso. Estaba encantada con el lugar, pero empecé a tiritar de frío y volví a meterme en el pajarote.

—No traje la campera —me lamenté. Entonces el indio se dio vuelta, abrió un compartimento que estaba al lado del asiento y de allí sacó un abrigo. Me lo dio.

—Mejor esperar a que oscurezca por completo —me dijo.

—¿Y para qué vinimos tan pronto si ahora tenemos que esperar? —pregunté, pero nadie me contestó. Cable se estaba durmiendo de nuevo, el indio jugaba con su pantallita y yo me aburría.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Controlo que nadie se acerque —me dijo—. ¿Ves este punto rojo?

—Sí.

—Es un auto que va por la ruta, a veintisiete kilómetros al oeste. Y este grupo de puntos verdes son las personas que están en el pueblo, a treinta y tres kilómetros al sur.

—¿Y vos decís que esto es tecnología india?

—Por supuesto.

—Sí, claro. ¿Dónde estamos?

—En el Cañadón del Río Pinturas, provincia de Santa Cruz.

—Por eso hace frío. ¿Y para qué vinimos acá?

—Tenemos que hacer un intercambio.

—¿Qué intercambio?

Una luz violeta titiló en la pantalla y el indio empezó a tocar botones. Como parecía demasiado ocupado para contestarme, me puse la campera y salí afuera. Con el abrigo puesto tenía frío igual, pero me puse a correr loca de entusiasmo y se me fue enseguida. Al meterme entre los árboles encontré un pequeño río de aguas cristalinas que reflejaba la luz de la luna. Poco después escuché que Cable me llamaba. Cuando salí de la arboleda, vi que él y el indio se alejaban subiendo un risco. Llevaban las dos cajas que habían cargado en el pajarote. En un minuto los alcancé y me sentí tentada de preguntar por el contenido de las cajas, pero me convencí de que, al menos esa vez, tenía que mantener el pico cerrado.

Cuando llevábamos cerca de veinte minutos andando por un sendero que no terminaba de subir y bajar se me acabó la paciencia.

—¿Por qué no vinimos hasta acá con el pájaro, en vez de caminar tanto? — pregunté.

El indio se dio vuelta y me dio una linterna.

—Mirar donde pisar —me dijo.

Le hice caso y enfoqué mi linterna hacia el suelo. Decenas de puntos brillantes reflejaron la luz. Todos eran pequeños trozos de sílex. Y más adelante encontré más. Fragmentos finos y largos. Parecía que el hombre prehistórico también había estado haciendo de las suyas por ahí.

El sendero empezó a empinarse cada vez más hasta que desapareció frente a una pared casi vertical. El indio iluminó con su linterna a un lado y a otro, buscando un paso, pero era obvio que no había más camino. Estábamos perdidos.

Ya me estaba dando la vuelta cuando se oyó un chirrido, como cuando abris una ventana corrediza oxidada, y sentí como vibraba la tierra bajo mis pies. Entonces vi que la pared de roca que estaba delante nuestro se levantaba como si fuera una persiana americana. Lo agarré a Cable por el brazo y lo sacudí.

—¡Gracias Cablecito! —le grité—. ¡Mirá a qué lugar tan interesante me trajiste!

La roca se detuvo al alcanzar un metro y medio desde el suelo. Los tres enfocamos las linternas hacia el hueco que había detrás, pero parecía profundo y no se veía el fondo.

—Las damas primero —me dijo Cable y me dio un empujón.

—No soy feminista —le retruqué y le devolví un empujón mucho más fuerte, que lo obligó a agacharse para no golpearse la cabeza contra la roca. Entró en la cueva a la fuerza.

—Vos quedate en último lugar —me dijo el indio—, y cada tanto date la vuelta y fijate que nadie nos siga.

Uno querría que vaya adelante, el otro atrás. La cuestión era que todos me daban órdenes, pero dadas las circunstancias me pareció mejor lo de cuidar la retaguardia a ir liderando la marcha.

El indio agachó la cabeza y pasó por debajo de la roca. Lo seguí.

Cuando habíamos andado tres o cuatro metros el chirrido empezó de nuevo y al darme vuelta vi que la roca bajaba. Miré a Cable y al indio, y en sus ojos vi la misma duda que yo tenía. Había pocos segundos para decidir si nos quedábamos encerrados ahí adentro o rajábamos. Sin embargo nadie se movió. Nos seguimos mirando los tres como unos boludos hasta que la roca tocó el suelo. En ese mismo instante la caverna se iluminó con una luz tenue y de tono anaranjado que hizo innecesario el uso de las linternas. Miré para todos lados, pero no pude encontrar de dónde salía esa luz, no había lámparas ni nada por el estilo a la vista. No nos quedaba otra alternativa que ir hacia delante.

Empezamos a caminar por una caverna retorcida, con muchos cambios de dirección, a tal punto que poco después no hubiera sido capaz de acertar hacia qué punto cardinal nos dirigíamos. Por momentos, la cueva tenía más de cinco metros de ancho y luego se hacía tan angosta que solo permitía el paso de una sola persona a la vez. Tres veces se hizo ancha y otras tres angosta, hasta que llegamos a una

especie de portal flanqueado por dos columnas. En el marco superior había una inscripción con símbolos desconocidos.

Más allá del portal la iluminación era más intensa y la galería se hizo aún más ancha, recta por completo y tan larga que no se veía el final. Las paredes estaban pintadas con los más diversos motivos. Había dibujos abstractos de formas geométricas entrelazadas y también escenas de la vida cotidiana: grupos de personas comiendo alrededor de una mesa, escenas de cacería, niños jugando y hasta una mujer mirando por un telescopio.

Me quedé embobada mirando las pinturas y no me percaté, hasta que estuvimos muy cerca, de que había una persona esperándonos más adelante. Era una mujer más o menos de mi edad, y de inmediato me di cuenta de que la conocía de alguna parte.

—Hola, Victoria —me dijo y me quedé petrificada, no solo por el hecho de que hubiera acertado mi nombre, si no porque la voz me resultaba muy familiar.

—¿De dónde te conozco? —le pregunté.

—Nos vimos en el mercado del pueblo.

Y ahí caí. Era la vieja, solo que ahora ya no era vieja.

—¿Cómo puede ser? —le pregunté.

—¿Quieres una explicación fácil de asimilar o una realista?

—A mí, con cuentitos para niños, no.

—Bien. El software completo de nuestro cerebro, toda nuestra inteligencia tanto práctica como emocional, pueden instalarse en diferentes cuerpos, tal como vos instalás un sistema operativo en una computadora. Este cuerpo que ves ahora es mi preferido, y el de la anciana, es el que usé para no llamar la atención en el pueblo. La gente le presta muy poca atención a los ancianos.

Me quedé mirándola un buen rato, sin saber que decirle hasta que se me ocurrió algo.

—¿Ustedes viven acá? —pregunté señalando con el brazo hacia el fondo de la galería.

—No, estamos de paso. Acá vivieron algunos de nuestros antepasados y también los tuyos, hace miles de años.

—Explicate mejor —le exigí.

—En primer lugar vos ya me conocés —dijo, y entonces hizo algo que al principio no me gustó. Se metió en mi cabeza y me mostró imágenes que reconocí enseguida. Eran de un sueño recurrente que había tenido cuando era niña. En ese sueño Cable y yo cruzábamos la laguna que había frente a la casa de Cable y nos internábamos en un bosque, en dónde nos encontrábamos con varios personajes inverosímiles entre los que se encontraba una mujer extraterrestre. En ese instante ella salió de mi cabeza y cuando volví a mirarla me di cuenta que tenía a la mujer de mis sueños infantiles delante mío.

—Entiendo y no entiendo —le dije.

—El tiempo es mucho más flexible en los sueños —me dijo, y no pude estar más de acuerdo.

El indio dio un paso al frente levantando una de las cajas que había traído.

—Lo convenido —dijo.

—Muy bien —dijo la mujer—, pero por favor, pasen —se dio vuelta y empezó a caminar por la galería, que a partir de ese punto tenía puertas a los lados, todas ellas cerradas.

—¿Qué es este lugar? —pregunté.

—Un refugio —dijo.

—Un *bunker* —acotó Cable como si fuera necesario.

La mujer giró a la derecha por un pasillo más angosto y al final abrió una puerta. Entramos a un ambiente de grandes dimensiones con seis mesas largas que lo ocupaban de punta a punta. Allí adentro el aire estaba más cálido. Al fondo había un mostrador que separaba la zona de mesas de la cocina. Cinco personas estaban

sentadas en la mesa más alejada, comiendo y conversando en un idioma que no reconocí. Nos miraron cuando entramos y nos saludaron con la mano. Luego siguieron con lo suyo.

—Dejen las cajas aquí —dijo la mujer señalando una mesa.

El indio y Cable pusieron las cajas sobre la mesa y la mujer abrió una de ellas. Por el vapor que salió al abrirla me di cuenta de que las cajas estaban refrigeradas. Adentro había medicamentos inyectables.

—En la otra están las vacunas —dijo el indio.

—Muchas gracias, Kiran —dijo la mujer y por fin me enteré del nombre del indio—. Sin tu colaboración nos tendríamos que haber expuesto mucho más.

—Es un honor —dijo Kiran.

—Le pedimos a Kiran que nos trajera algunas cosas para analizar el avance de la bioquímica en este planeta, porque los últimos informes de rutina nos indican que se está llegando a un punto de desarrollo de no retorno.

—¿No retorno? —pregunté—. ¿No retorno de qué?

—De la extinción biológica total.

—Ah, me quedo mucho más tranquila. ¿Y eso podría ocurrir?

—Ha ocurrido en innumerables oportunidades.

Me quedé pensando, pero no podía imaginarme cómo un par de errores bioquímicos podían degenerar en el resultado que decía la mujer.

—¿Cómo te llamás? —le pregunté y medio me arrepentí de haber preguntado pensando en que me diría algo impronunciable.

—Mi nombre es Jaya. Síganme.

Mientras cruzábamos el comedor vi que una de las cinco personas que estaban en la mesa era un hombre mayor. Les hablaba a los demás con entusiasmo y todos le prestaban atención. Entonces no pude evitar pegar un grito.

Jaya se dio vuelta.

—¿Qué pasó? —me preguntó.

—Ese hombre es parecido a Arthur Conan Doyle.

El hombre, que también había oído mi grito, había dejado de hablar con los demás y me observaba.

—No soy parecido —me dijo en perfecto castellano—. Soy yo, Arthur Conan Doyle.

Lo miré a Cable, como pidiéndole que me confirmara que me estaba volviendo loca. Cable se encogió de hombros, como solía hacer siempre ante lo inusual. Al guacho nunca se asombraba de nada, pero esto era demasiado. Lo miré a Kiran, la miré a Jaya y lo miré al viejo que decía ser...

—Sí, claro —le dije en tono de burla—. Y yo soy Marguerite Duras. Pero la realidad era que se veía igual a como solía aparecer Sir Arthur Conan Doyle en las contratapas de los libros. Empecé a pensar en clones y en toda esa basura que nos venden en las películas. Entonces el hombre empezó a sacudir la mano, como si pudiera leer mis pensamientos y me estuviera diciendo que me detuviera, que por ahí iba mal encaminada.

—No soy una copia, soy yo mismo. Y estoy aquí para dar testimonio. Estos señores me rescataron antes de morir y me otorgaron algunos siglos más de vida. Por supuesto, antes me preguntaron si estaba dispuesto, porque vivir unos cuantos cientos de años tiene sus contras, no vaya a creer otra cosa, señorita.

Yo me sentía flotar, como a punto de desmayarme. No supe si pedirle un autógrafo o una *selfie*, pero al final caí en la cuenta de que no podía darme el gusto en ninguno de los dos casos.

Jaya nos hizo gestos para que continuáramos la marcha. Recorrimos más pasillos hasta entrar en una sala de control con pantallas gigantescas en las paredes. Me tranquilizó un poco que casi todo lo que estaba escrito en esas pantallas estuviera en inglés.

—¿Se usa el inglés en otros mundos? —pregunté.

—No, pero todo este sistema está fabricado acá, por eso está en inglés.

—Sí, en la India —dijo Kiran, y al mirar a Jaya supe que era cierto. Así fue que me enteré como los indios habían sido capaces de fabricar el pajarote. Habían recibido una buena dosis de transferencia tecnológica.

—Me gustaría saber de dónde vienen —dije.

María metió la mano en el bolsillo de sus jeans y sacó un objeto. Pensé que sería algo de un metal extraño, algo especial, un regalo de otro mundo, pero resultó ser una mísera memoria *USB*.

—Aquí hay información que te va a interesar. No dice dónde, pero sí dice cuándo y cómo. Podés hablar del contenido con cualquiera, pero sólo frente a frente, nunca lo publiques en internet ni en ninguna otra parte.

Agarré la memoria y me la guardé en el bolsillo. Jaya también le dio una memoria a Kiran y otra a Cable.

—Les tengo que pedir más ayuda —nos dijo—. En el planeta hay más lugares como este. Algunos también son refugios y otros, santuarios que recuerdan civilizaciones anteriores, como el que está cerca de la casa de Cable. Todos están bien protegidos, pero un monitoreo extra nunca está de más. En eso necesitamos su ayuda. En estas memorias tienen toda la información que necesitan. A nosotros se nos acaba el tiempo. Tenemos que irnos.

Cuando dijo eso supe que no la volvería a ver y me puse muy triste. ¿Por qué esa civilización, si conocía nuestra existencia y nos visitaba de manera soslayada, no se presentaba formalmente para así poder unirnos y compartir nuestras existencias? Más pronto que tarde intuí que unir una civilización con otra siempre sería un auténtico quilombo, por ahí debían venir los tiros. Pero saber la causa no me sacó la tristeza.

Nos hicieron salir por un ascensor que nos dejó en la parte más alta de una loma. Desde allí emprendimos el camino de regreso hasta al pajarote.

Al final, hice lo que tendría que haber hecho muchos años antes. Renuncié a mi trabajo y me mudé a la casa de Cable. Ya pasaron cinco meses desde aquella noche en el Cañadón del Río Pinturas y estamos muy ocupados con la tarea encomendada. Viajamos mucho, a veces en el pajarote —que es casi invisible a los radares—, y otras veces por medios convencionales. Las memorias *USB* que nos dio Jaya tenían mucha más capacidad que las que se pueden comprar por aquí, y dentro de ellas había lo que se podría decir que es una enciclopedia del desarrollo humano en este planeta. Tal como me pidió Jaya, poco más puedo contarles, pero les doy una pista: Las civilizaciones de Egipto, la de la Mesopotamia, la del Río Indo, la del río Amarillo, la de México y la del Perú surgieron de forma simultánea. Seis civilizaciones al mismo tiempo. Eso supera las probabilidades del azar.

Hagan como Cable y armen sus propios rompecabezas.

Volví un par de veces al Cañadón del Río Pinturas, la última de ellas al amanecer, y, cuando el cielo empezó a iluminarse, fue como si a un televisor con el brillo y el color al mínimo le fueras subiendo ambos de a poco hasta llegar a una luminosidad y colorido increíbles. Si vieron el Cañadón del Río Pinturas en fotos, chicos, es como si no lo hubieran visto. Vayan a verlo en persona, es alucinante. Puede incluso, si son buenos exploradores, que encuentren el sendero que termina contra la pared vertical, pero sé de buena fuente que es imposible traspasarla o abrirla de manera alguna, incluso si se intentara con maquinaria pesada. Entonces, quién llegue hasta allí quizás piense: *«Todo eso que contó Tory es puro verso»*. Y

yo les diré: mejor así. Hay historias que es mejor pensar que no son ciertas. Esta es una de ellas.

Aquí Tory. Cambio y fuera.

Florencio Varela, Argentina - 24 de Septiembre de 2021